BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE la conquista DEL ESPACIO

DETECTIVE EN EL TIEMPO

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

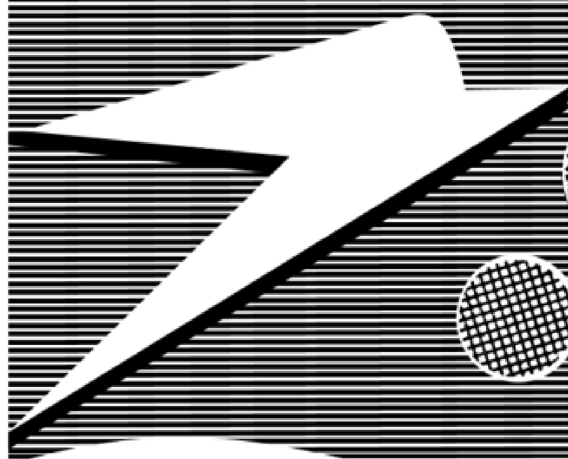
SERIE la conquista DEL ESPACIO

DETECTIVE EN EL TIEMPO

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

216 — *El gran robo sideral*, Ralph Barby.

217 — *Historia de una bomba solar*. Glenn Parrish.

218 — *Ellos*. Marcus Sidereo.

219 — *Mercado de «hubots».* Clark Carrados.

220 — *Invasores invisibles*. Ralph Barby.

CURTIS GARLAND

DETECTIVE EN EL TIEMPO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 221

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 37.978 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: noviembre, 1974

Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

P R O L O G O

—¿Ha comprendido su misión?

—Exactamente, señor.

—¿Sin dudas de ninguna clase?

—Sin dudas, señor.

—Usted sabe que sólo ahora puede informarse de cuanto desee. Luego, será demasiado tarde. No volverá a tener contacto con nosotros. Sólo en una ocasión podrá hacerlo, y será definitiva, porque es la que marcará su retorno... o la pérdida definitiva de contacto. Desaprovechada esa ocasión, usted se perdería para siempre. Nunca regresaría. Nunca podríamos rescatarle.

—Lo sé, señor. He examinado minuciosamente los detalles del caso. No hay error posible en lo teórico. La práctica... será sin duda otra cosa.

—Otra cosa... —suspiró su superior, moviendo afirmativamente la cabeza—. Sí. Será muy diferente. Allí no se tratará de estudiar unos datos fríos y específicos. Será una lucha despiadada. Una pugna feroz contra alguien que no conoce la clemencia, que no pide cuartel pero que tampoco lo da. Y que posee toda la astucia del mundo y un desesperado afán por la vida y la libertad, a cualquier precio que deba pagar por ella... o que deban pagar los demás, en su propio beneficio.

—Sé perfectamente la clase de enemigo que tendré, señor.

—Por ello no le insistiré en ese aspecto de la cuestión. Sólo quiero que recuerde lo solo que va a encontrarse en esa tarea, tan alejado de nosotros, de todo lo que constituye su propia existencia, su mundo, su ambiente, lo que le es familiar. Usted me comprende, ¿no es cierto?

—Muy cierto, señor —asintió serenamente el subordinado.

—Podrá suceder algo tan peregrino como que usted llegue a estar *aquí mismo*, con sus pies en ese mismo lugar que ahora ocupa... y, sin embargo, se halle a distancias inmensas de nosotros y de cuanto le

rodea en este momento. Es…, es lo complejo, lo difícil y angustioso de las distancias en las que usted va a viajar.

—Cuando acepté la tarea, señor, sabía cuáles eran sus riesgos. Alguien tiene que hacerlo…

—Sí. Alguien tiene que hacerlo. De otro modo, correríamos el riesgo de que un día, todo lo que es y todo lo que será…, dejara de serlo. Porque cuando se rompen las normas establecidas, se rompe el equilibrio. Y entonces, todo puede suceder. Nadie está autorizado a viajar en cierta dirección. Nadie debe salir de la ruta que su destino y su propia vida le han trazado… o las cosas dejan de ser lo que eran o pudieran ser. Y viene el cataclismo, el caos…

Hubo un silencio. Asintió el subordinado. Sabía perfectamente a lo que se refería su superior, y no podía objetar nada. Quizá él, mejor que nadie, como hombre especializado en una determinada labor, como hombre entrenado para misiones de excepción, lo entendía con mayor amplitud que persona alguna pudiera hacerlo.

Su superior le contempló en silencio, con aire preocupado. Al fin, se limitó a tenderle una mano, que el otro estrechó serenamente. Ambos hombres se sonrieron. Extraña y seriamente.

—Suerte —murmuró el superior.

—Gracias, señor. La necesitaré.

—No lo olvide. Una sola vez. Por difícil que sea su situación, piénselo bien antes de establecer comunicación. Sólo puede hacerlo en un caso concreto: para regresar. Y sólo puede regresar en una situación determinada: con el hombre a quien tiene que encontrar.

No lo intente de otro modo. Conoce usted la ley. Es rígida, inflexible. Pero es que tiene que ser así, por el bien común. No podría regresar. Jamás. Todo se habría perdido entonces.

—Lo sé, señor —movió negativamente la cabeza—. No malgastaré mi única oportunidad, puede estar seguro. Cuando sepan de mí… será para iniciar el regreso. Con mi prisionero, no lo duden.

—No lo dudo —suspiró su jefe—. Sé que solamente un hombre en todo el mundo sería capaz de llevar la misión a feliz término. Por eso ha sido elegido por voto unánime. Sarko tiene que volver aquí, cueste lo que cueste. Regresar a su encierro, en la Torre, o ser muerto. Sólo así impediremos un desastre imprevisible. Recuerde la habilidad y las facultades especiales de Sarko: puede alterar su físico cuantas veces

quiera. Su facultad de mutante es fantástica, perfecta. Varía de voces, de aspecto, de rostro, de cuerpo, a su antojo. Es inteligente, astuto, cruel y decidido. Además…, va armado. Y la clase de arma que lleva consigo, puede causar mucho daño, en el lugar adonde se ha dirigido. Incluso puede dañarle a usted mismo, mortalmente, si se pone a tiro.

—Procuraré que ello no suceda, señor —afirmó el hombre encargado de la peligrosa misión, con voz calmosa. Luego, saludó casi militarmente, y dio media vuelta, encaminándose a la salida de la fría, desnuda y aséptica sala circular—. Hasta mi regreso, señor.

—Hasta entonces, Zekk —murmuró el director suavemente, sin quitar sus ojos grises y fríos, profundamente intelectuales, de las espaldas fuertes y amplias de aquel atlètico personaje, alto y elástico, de movimientos suaves, calmosos y siempre dando la impresión de estar perfectamente medidos y calculados. Añadió, cuando ya la puerta se deslizaba silenciosamente ante su interlocutor— : Y recuerde: sólo usted puede llevar a buen fin esa empresa. No me defraude, amigo mío…, y el mundo entero le estará reconocido para siempre.

—Es mi trabajo, señor —sonó tranquila la voz de Zekk, agente especial del Cuerpo de Investigadores del Centro de Inteligencia Intermundial—. Y siempre me gusta hacerlo bien. En otro caso, sería cualquier cosa… menos un policía.

Se cerró en silencio la puerta metálica, curvada, con un deslizar suave de la hoja refulgente. Zekk estaba fuera de la estancia. El Director, nombre genérico aplicado siempre a quienquiera que ocupase aquel asiento, en el Departamento de Coordinación y Control del Centro de Inteligencia, se quedó solo, ante su mesa salpicada por las notas cromáticas de los diversos botones y teclas de controles a distancia, para comunicarse inmediatamente con los diferentes departamentos y secciones a su mando. Frente a él, un juego de media docena de pantallas de televisión tridimensional, esperaban, apagadas, sus posibles programaciones de comunicación con cualquier punto vital de su Organización.

—Espero que todo salga bien… —musitó apagadamente, sacudiendo la cabeza—. Sarko es demasiado listo… y demasiado feroz. Estoy seguro de que hará lo imposible con tal de burlarnos. Sabe a lo que se expone, vaya adonde vaya, e intentará eludirnos, sin parar en procedimientos. Me pregunto *dónde* estará ahora… y qué estará haciendo…

Permaneció sumido en sus reflexiones durante un largo espacio de

tiempo. Luego, pensativo, se puso a grabar magnéticamente una serie de instrucciones para sus centros coordenadores. Instrucciones que, automáticamente, los repetidores enviarían electrónicamente a sus destinatarios. El Director tomaba toda clase de medidas para que, al regreso previsto de su agente especial, el detective Zekk, enviado a tan difícil misión, Sarko no pudiera volver a hacer de las suyas.

—A veces, la supresión de ejecuciones, acaba siendo un verdadero error —se dijo a sí mismo con gesto ceñudo—. Los criminales como Sarko nunca deberían salvar su pellejo, cuando la justicia cae sobre ellos. No se merecen atención humanitaria alguna. El jamás duda en matar. Tiene más de doce homicidios sobre su conciencia... y no existe ley alguna que pueda condenarle a morir. No, no es justo. Ni siquiera Zekk, uno de mis hombres, que arriesga su vida ahora al buscarle, puede disponer de su vida y traerlo cadáver. Eso significaría una larga investigación, una acusación contra Zekk, por homicidio injustificado... y quizá su degradación como miembro del Centro de Inteligencia. No, no tiene nada de justo. Zekk puede verse obligado a matarle... y eso no le reportará sino problemas, pese a que Sarko sea una especie de vil alimaña, que estaría mil veces mejor destruida.

De súbito, dejó de reflexionar. Sobre su tablero, se había puesto a parpadear un rectángulo rojo, luminoso.

Era la señal de emergencia.

Rápido, manipuló una tecla roja. Se iluminó la pantalla de un televisor tridimensional.

—Aviso de máxima urgencia, señor —sonó la voz monocorde del informante, al parecer su pálido rostro en la pantalla, sobre el tono verde oscuro de su uniforme de las Fuerzas de Seguridad.

—Informe, pronto —pidió secamente el Director.

El comunicante de la pantalla, informó:

—Nuestros sensores Gamma han descubierto que el fugitivo Sarko no se evadió solo.

—¿Cómo? —masculló el Director, palideciendo intensamente ahora. Se inclinó, casi violento, hacia la pantalla iluminada—. ¿Qué significa eso, exactamente?

—Señor, parece ser que el fugitivo ha cometido también un delito de secuestro.

—¡Secuestro! —jadeó el hombre sentado en el sillón—. Cielos,

no... ¿Está confirmada esa posibilidad?

—Desgraciadamente, sí, señor.

—Bien... —dominó como pudo su nerviosismo, para tratar de puntualizar con voz fría—: Y... ¿y quién es la persona secuestrada?

El comunicante se lo dijo escuetamente:

—Es... Aloya, señor.

Aloya.

La idea penetrò difícilmente en el entendimiento del Director. Era demasiado terrible. Precisamente Aloya... y en estas circunstancias.

—Dios mío... —suspiró, angustiado. Insistió todavía— ; ¿Se la ha llevado consigo en..., en su viaje?

—Sí, señor. Es su prisionera.

El Director asimiló la noticia. Cerró el televisor, para conectar otro. Un nuevo rostro apareció en pantalla, ante una compleja pared repleta de mandos electrónicos.

—Sección de Agentes Especiales, señor —dijo con indiferencia el nuevo personaje.

—Quiero hablar urgentemente con el agente Zekk —pidió.

—¿Agente Zekk? Un momento —los dedos se movieron rápidos en unos tableros. Una pantalla fluorescente verde, en una computadora, dibujó espirales y formas geométricas vertiginosas. Finalmente, se volvió despacio hacia el Director.

—Imposible, señor —informó—. El agente Zekk ha emprendido ya viaje.

Se lo había temido. Zekk no perdía nunca su tiempo. Tenía una misión por cumplir, y la había afrontado decisivamente. Ahora, ya era inútil intentar comunicarse con él. No existía medio alguno, salvo para una suprema emergencia. Y si se recurría ahora a ello, posiblemente Zekk no volvería ya jamás. No. No se podía correr semejante riesgo.

—Está bien —murmuró—. Supongo que sería inútil pretender comunicarse con él de alguna forma...

—Totalmente inútil, señor. Usted lo sabe. Y, además, resultaría sumamente arriesgado.

—Lo sé, lo sé. Gracias, de todos modos —cerró suavemente la conexión, con aire de fatiga, y se echó atrás en su asiento.

Era todo lo que podía hacer. Que, prácticamente, no era nada. Zekk estaba lejos ahora. Muy lejos ya. Y no podía ser informado de lo que sucedía.

Había partido en persecución de Sarko, el criminal. Sin saber que Sarko no viajaba solo. Que en poder del asesino había una mujer.

Una mujer llamada Aloya. Un rehén humano, sin duda alguna.

Y lo peor de todo es que esa mujer... era la prometida de Zekk.

Primera Parte

ASESINO DE DIOSES

CAPITULO PRIMERO

Zekk miró en derredor.

El sol quemaba. Era aquélla una tierra ardiente, polvorienta. La luz resultaba dorada y deslumbrante.

El viaje había sufrido un alto. Se había detenido, como en una etapa ya concluida. El no podía saber la razón exacta. Pero la imaginaba.

Un hombre podía evadirse, como lo había hecho Sarko. Podía ir lejos, muy lejos. Pero algo que ni él ni nadie podía hacer, era borrar las huellas de sus pasos. Estas eran indelebles e inconfundibles. Y no era su mente o su intuición de policía la que actuaba para localizarla. Ni aun eso era preciso.

La localización era inmediata. E infalible. Sarko era un maestro en muchas cosas, especialmente en robar, en asesinar, en evadirse... Sarko podía hacer cuanto quisiera. Pero nunca desprenderse de su Placa de Identificación.

Eso era algo que iba ya con el propio ser humano, apenas llegaba al mundo. La placa era incrustada indeleblemente en su cuerpo. Delicadas manos realizaban la intervención quirúrgica tras la oreja, incrustando la placa junto a su cráneo. De allí, era imposible desprenderla, adherida bajo la epidermis. Y le acompañaba ya hasta la muerte.

Solamente esa placa contaba en la búsqueda de Zekk. Solamente las vibraciones magnéticas de la Placa de Identificación, perceptibles por su propia placa, a una determinada distancia, allí donde ninguna otra persona llevaba una placa similar.

Inmediatamente, el viaje sufría una interrupción, al actuar las radiaciones de modo automático sobre su sistema de proyección personal, que se detenía en el acto.

Y eso es lo que había sucedido ahora, en aquellas tierras cálidas, soleadas, amplias y, aparentemente, poco habitadas en lo que alcanzaba la vista.

Zekk echó a andar, resueltamente, decidido a encontrar pronto algún lugar habitado donde pudiera ocultarse el fugitivo, el hombre a

quien tenía que encontrar.

Ignoraba exactamente en qué lugar estaba. Se había lanzado a este viaje sin pérdida de tiempo, sin siquiera despedirse nuevamente de Aloya, que ahora estaría esperándole allá, en su ciudad, en su vivienda, ignorando cuándo regresaría él. Ignorando, incluso, si existiría ese regreso.

Eran los riesgos de pertenecer al Centro de Inteligencia. Uno nunca sabía en qué podían terminar las cosas.

Buscó entre sus pertenencias, escasas pero concretas. Manipuló la pequeña tabla electrónica de localización, hasta que ciertas complejas coordenadas coincidieron sobre un punto determinado. En el pequeño visor luminoso, surgieron unas cifras, unas letras y, finalmente, unos signos.

Zekk se quedó sorprendido.

Los signos eran escritura muy peculiar: cuadrados, triángulos, semicírculos, aves, ojos, cruces ansadas, leones...

Las letras marcaron un nombre: EGIPTO.

Las cifras, un número concreto: 1830 a. C.

Zekk entendió. La pequeña computadora nunca se equivocaba. Supo por qué aquella tierra era cálida y ardiente, por qué el sol era intenso y por qué las extensiones áridas abundaban.

Supo que su viaje a través de las distancias del Tiempo le habían conducido, en pos del fugitivo Sarko, al Imperio Egipcio, en su período medio. Al año 1830 antes de Cristo. En pleno esplendor de Tebas, como capital del Imperio...

* * *

Tebas.

Realmente, era una hermosa ciudad. Una serie de edificios fabulosamente bellos, con profusión de mármoles, de piedras negras, lustrosas, de jardines, de palmeras y de estanques. Con avenidas en las que las divinidades egipcias montaban guardia eterna de piedra, y los arcos y columnas de gigantescas obras de arquitectura, se alzaban junto a esfinges y figuras de dioses y de faraones.

Había sido un viaje fatigoso, andando desde el desierto occidental, hasta las verdes y feraces tierras ribereñas del Nilo. Una

caminata larga y pesada, simplemente en pos de las débiles vibraciones de una placa magnética de otros tiempos lejanos. En pos de la única pista existente en el mundo, que podía conducirle a Sarko.

Sabía que esas vibraciones llegaban de Tebas, la capital. Y a ella se había dirigido resueltamente. Lo malo es que, una vez en la ciudad, esas vibraciones se harían más indeterminadas, a causa del propio magnetismo de los metales, de las personas, de todo cuanto le rodease, y Sarko sería irreconocible. Ni aun estando a su lado notaría más fuertemente la detección magnética, que era más intensa cuando se propagaba a distancia.

Eso, unido a la facilidad mutante de su perseguido, hacían de éste una presa harto escurridiza. Zekk lo sabía, y no se hacía muchas ilusiones al respecto.

No le había sido difícil robar unas prendas de ropa en un campamento de viajeros egipcios, cerca de Hermonthis, y cambiarlas por las suyas, cuyo tejido aluminizado y plástico, hubiera sido un anacronismo monstruoso en los tiempos faraónicos.

Ahora, aquel envoltorio vulgar, que llevaba al hombro, ocultaba todo cuanto provenía de otra época en el futuro. Aparentemente, Zekk era un egipcio más, un vulgar ciudadano, quizá algo más pálido y de rasgos menos exóticos que los habitantes de aquellas tierras, pero que podía, cuando menos, pasar inadvertido.

Mientras sus flamantes sandalias robadas pisaban las losas de piedra, salpicadas de inscripciones reales o religiosas, por la gran avenida central de Tebas, Zekk se preguntaba a sí mismo por qué habría elegido Sarko como primer refugio en su evasión a través de los tiempos precisamente la lejana época egipcia. No veía otra posible respuesta que la codicia proverbial en su adversario. Las riquezas faraónicas, los tesoros de Egipto, eran una tentación evidente para el malhechor. Y quizá también la posibilidad de que sus crímenes pudieran quedar impunes en aquella época de confusión y de esplendor a la vez.

Aun siendo un policía tan especial como él era, un hombre facultado por el Gobierno para viajar a través del Tiempo, utilizando los grandes hallazgos científicos de su época, Zekk se sintió abrumado y maravillado de cruzarse con las gentes de Tebas.

Las telas sujetas al talle por un cinturón, traje típico del hombre egipcio, eran a veces de color y suntuosidad sorprendentes, junto a las más toscas y oscuras de los ciudadanos pobres. Las mujeres lucían sus

ceñidos vestidos, sostenidos por dos tirantes, sobre sus cuerpos esbeltos, de senos enhiestos y virginales, de suaves nalgas y torneadas piernas. El cabello era corto, y en su gran mayoría iban descalzas. Algunas damas de mejor condición social, pasaban luciendo sus sandalias repujadas y sus pelucas sorprendentes, de colores diversos e increíbles. En algunas, notó el uso de cremas y cosméticos capaces de alterar el color de su piel, bronceándolo o dándole toques de tono azulado o verdoso en torno a los ojos de exótico rasgo. Sus cuerpos turgentes, despedían aromas de perfumes intensos.

Tanto hombres como mujeres, se adornaban con brazaletes y dijes. En su propia riqueza o variedad, se advertía la diferente posición social de cada uno.

—Es un país fascinante —se dijo Zekk entre dientes, parándose perplejo junto a una gran estatua religiosa, no lejos de la entrada a un figón muy frecuentado—. Y, sobre todo, su época lo es más aún... Creo que nunca me acostumbraré a la idea de que nuestros adelantos técnicos y científicos nos hayan permitido a ciertos hombres ese viaje prohibido que es el de conocer otros tiempos, otras gentes, otras civilizaciones... Tal vez hubiera sido mejor destruir el ingenio capaz de trasladarnos a cualquier lugar en el Tiempo. Yo jamás hubiera conocido esta maravilla que me rodea, pero... pero estoy seguro de que Zarko nunca hubiese podido evadirse a tan extrañas distancias... Huir en el espacio, es algo que se hizo siempre desde que el mundo es mundo y el hombre, bueno o malo, tuvo que huir del peligro, fuese el que fuere. Pero huir... a otras épocas... puede causar tanto daño...

Y recordó la inscripción que el profesor Novak hizo grabar en su Proyector del Tiempo, cuando creó aquel prodigio:

«Viajero que vas al pasado o al futuro: ¡Cuidado! Piensa que una simple alteración por tu parte de cuanto ha sido o será, podría romper el equilibrio establecido... Y cambiar la historia del mundo. O Conseguir el fin de ese mismo mundo.»

Sarko, el asesino, podía cambiar, intencionadamente incluso, el curso de todos los siglos. Evadido en la Dimensión Tiempo, sería tan capaz de ello como le permitieran sus poderes, sin duda muy superiores a los existentes en la época a la que se trasladase, como era el propio caso de Zekk. Sólo que él no emplearía jamás sus medios contra nadie que no fuese el propio Sarko, o cualquiera que pretendiese ayudarle. Los Agentes Especiales del Tiempo, tenían orden estricta de no alterar jamás el curso de la Historia.

Tenía sed y cansancio. Y hambre también. Del interior del figón

tebano, le llegó el aroma de un asado, junto con el tufillo inconfundible a vinos y cervezas. Ciertamente, los egipcios habían conocido muy a fondo esas bebidas alcohólicas. Zekk tenía ahora la completa evidencia de ello.

Entró en el figón.

La gente no le prestó la menor atención. No se la hubieran prestado a nadie, estando, como estaban, pendientes del estrado donde una mujer virtualmente desnuda, bailaba frenéticamente una danza egipcia, coreada por las palmas y voces de los presentes. El asado se doraba en la lumbre, el vino y la cerveza corrían generosamente por las largas mesas de madera, y el sudor empapaba los rostros de los espectadores, y el cuerpo sinuoso de la danzarina.

Zekk contempló la escena. Miró a la muchacha danzarina, con cierta instintiva tristeza.

Era una hermosa criatura. Provocaba la lascivia en los hombres. Su cuerpo resultaba deseable. Zekk recordó los siglos que le separaban de ella y de su tiempo, aunque ahora estuviesen coincidiendo ambos. Y se preguntó cuántos siglos haría que aquel hermoso cuerpo de mujer era simple polvo olvidado, cuando él nació o cuando él iniciara aquel viaje al pasado.

—Es monstruoso —se dijo con amargura, cayendo en un asiento, frente al fuego donde se asaba la carne apetitosa—. No tengo ningún derecho a estar aquí ahora, a conocer a esa muchacha, a verla bailar, a tenerla quizá en mis brazos, si así lo deseara… No, no es justo. Como no puede serlo que yo sea capaz de matar a uno cualquiera de estos hombres que me rodean… Yo, que tardaré todavía decenas de siglos en nacer… Aunque también es cierto que cualquiera de ellos podría matarme a mí… miles de años antes de que llegue a nacer.

Todo eso era lo que Zekk no lograba concebir jamás, por mucho que viajase en el Tiempo, buscando a proscritos evadidos de su época. Constituía el factor increíble y enloquecedor de todo aquel prodigio. Algo que ya preocupó, en otros tiempos, a criaturas literarias como el yanqui de Mark Twain o el caballero Standish, de Balderston (1[1]).

Trató de olvidar todo ello con el asado y la cerveza. Todo era excelente, y calmó en breve su apetito y su sed. Miró en torno, cuando ya la danzarina había terminado y era izada en brazos de sus admiradores, brillante de sudor su cuerpo sin ropas.

Los ojos oscuros y rasgados de ella, se clavaron en él, de pasada. Bruscamente, su rostro risueño e insultante, se tornó hosco. La boca se

frunció. Desasiéndose de las docenas de brazos que la aupaban, saltó como una tigresa sobre la mesa. Se quedó agazapada entre el plato de asado y la jarra de barro con cerveza, inclinada sobre Zekk, insultantes sus firmes piernas musculosas, erecto su seno juvenil.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó en el dulzón tono de los egipcios de Tebas—. ¿Es que no te gusta mi cuerpo ni mi danza, extranjero?

Le habían llamado «extranjero». Eso era peligroso. Muchas miradas hostiles se fijaron en él. Zekk comprendió que su piel, más pálida, su rostro y sus facciones, habían hecho suponer a la moza que era de otras regiones. Y los extranjeros, al parecer, no eran bien mirados en la populosa corte de Tebas.

Zekk nunca había oído antes, fonéticamente, la lengua egipcia. Y sólo la conocía por sus escrituras jeroglíficas. Pero la educación mental de un Agente Especial de Inteligencia, adscrito a la investigación en el Tiempo, era muy notable. Con el traslado a cualquier época, unos circuitos mentales especialmente entrenados, y potenciados con unas baterías injertadas en el cerebro, actuaban por sí mismos, sirviendo de traductores y dictadores de textos en cualquier lenguaje. De ese modo, Zekk estaba facultado para entender con relativa sencillez un idioma desconocido, y también para hablarlo, aunque sin demasiada perfección.

—Eres maravillosa —dijo Zekk en egipcio tebano, fríamente—. Pero llevo largas jornadas de viaje. Tengo sed, hambre y sueño. Un hombre en esas condiciones, no ve los encantos de una mujer.

—¿De dónde vienes? —preguntó ella, desconfiada, relampagueantes sus ojos rasgados.

—De muy lejos, ya te lo dije…

—¿De dónde, extranjero? —le apremió un hombretón, rudo y broncíneo, que se inclinó de súbito sobre él, estudiándole hoscamente.

—De… de Kush, más allá de Abu Simbel. Cerca de Buhen, la capital de Kush, amigos.

—Ya. Del Sur. Eres muy pálido para proceder del Sur opinó otro de los presentes, estudiándole ceñudo—. Creí que allí todos eran negros o muy oscuros. ¿Cuál es tu nombre?

—Zekk —dio el suyo propio, que resultaba lo bastante exótico incluso allí—. Zekk de Buhen, para ser exactos.

—Supongo que allí seréis fieles a nuestro señor, el gran Sesostis III... —puntualizó con voz sorda la danzarina.

—Por supuesto —resopló Zekk, recordando que se hallaba bajo el mandato del gran Sesostis III, el faraón que había dado mayor impulso a las relaciones de amistad del Imperio egipcio con Siria, Biblos, Chipre y hasta con Mesopotamia, con la que mantenían un buen comercio. Y Nubia, siempre belicosa con los faraones dominantes, había cedido en parte, en una relación más amistosa con sus ocupantes—. Personalmente, le soy del todo fiel...

Recordaba vagamente que Sesostis III había sido admirado, querido, respetado... y también odiado por ciertas castas y sectores políticos del país, a causa de su protección a las artes y las letras, sin distinción de clases sociales, y un poco en contra del oscurantismo que siempre pretendieron los sacerdotes.

—Muy bien —la danzarina irguió su cuerpo felino, arqueándolo agresivamente—. Sigue tu comida y tu bebida, extranjero. Luego, duerme si quieres. Arriba tengo un aposento con buena cama para ti. Pero cuando todo ello haya pasado, cuando la noche caiga sobre Tebas, no creo que puedas argumentar nada para deshacerte de mí. Te espero, extranjero.

—¿Oísteis eso? —se lamentó alguien—. Aquí, todos ansiamos el favor de la hermosa Sefer, y ella elige a un desconocido que ni siquiera hizo caso de su danza...

Le miraban todos con odio o envidia mal contenidos. Sefer, la bailarina, subía los escalones de piedra oscura, que conducían a un piso alto, al fondo del figón. Le dirigió una última mirada, antes de que chirriase la puerta de su aposento, al cerrarse significativamente tras ella.

Zekk no quería aventuras, amorosas en el pasado. No le gustaba la idea de adorar a una mujer muerta siglos atrás, por muy viva y física que él la viese.

Pero no iba a tener más remedio que seguir el juego de la danzarina. A su lado, se habían sentado dos fornidos egipcios, de aire amenazador. Uno, puso un cuchillo ante sí, sobre un charco de cerveza agria.

—Si no eres un eunuco, subirás —le avisó fríamente el otro—. Mi nombre es Enok, y he sido el más rendido amante de Sefer. No toleraré que un extranjero pálido la desprecie.

—No temas —suspiró Zekk—. Jamás eludí a una mujer hermosa. Ni aquí, en Tebas, ni en parte alguna, Enok. Los labios de una hembra, son menos fríos siempre que el filo de un cuchillo.

Y, como no tenía otro remedio, Zekk tuvo que subir al aposento de Sefer, la danzarina lúbrica.

Apenas lo hubo hecho, cruzando la puerta invitadora, algo cayó violentamente sobre su cabeza, abatiéndole sin conocimiento. Su cuerpo chocó rudamente contra las alfombras del suelo.

Lo último que vio, fueron los desnudos pies de la bailarina, justo ante su rostro. Y vaga, lejanamente, una risa de mujer, hiriente y sardónica, llegó a sus oídos, antes de que la oscuridad y silencio le envolviesen.

CAPITULO II

—Extranjero, ¿te sientes muy dolorido?

La pregunta fue hecha con tono burlón. Le siguió una risa irónica, malévola.

Zekk se rebulló, sintiendo que la punzada de su cabeza se hacía más y más incisiva y dolorosa. Dificultosamente, entreabrió sus ojos y, a través de lucecillas dispersas, pudo al fin concretan su mirada en unas imágenes confusas y deformes que, paulatinamente, cobraron forma coherente.

Descubrió la desnudez impúdica de Sefer. Y la maciza musculatura de Enok, no lejos de ella. También había alguien más presente en la estancia, donde luces de aceite expandían una claridad amarilla y aromática: un hombre muy alto y enjuto, envuelto en un oscuro manto cuyos pliegues, pese a todos sus esfuerzos, no podían impedir la visión de un ropaje suntuoso y señorial, oculto por la burda estameña. La cabeza parecía totalmente rapada, aunque la cubría con un pañuelo rayado, oscuro, cuyas puntas le caían sobre el pecho. Todo eso denotaba importancia social. Y quizá política.

—¿Qué diablos...? —comenzó Sekk, expresándose mecánicamente en el egipcio imperfecto que sus células electrónicas mentales le ordenaban. Sacudió la cabeza trabajosamente y miró a los tres personajes—. Se supone que iba a gozar de tus favores, Sefer, no a recibir daños estúpidos por vuestra parte. ¿Qué pretendéis? ¿Robarme acaso? Si es así, cometisteis un error. Soy pobre, y no poseo nada de valor que pueda interesaros.

—No pretendemos robarte —cortó Enok con acritud—. Pero que seas pobre... eso está por ver, extranjero. Dinos, ¿cómo se abre esa maldita caja tuya?

La caja.

Zekk recordó. Llevaba consigo su único equipaje, consistente en aquel bulto. Sin duda, ellos lo habían registrado a fondo, para no hallar otra cosa que la caja. Aquella caja metálica, inviolable si no se poseía la correspondiente célula magnética para abrirla. Y esa célula iba en el anillo de Zekk, el que lucía en su mano izquierda, y del que nadie le había despojado, por parecer de metal sin valor, pero también por ser imposible desprenderlo de la piel por medios normales. Solamente el Director hubiese podido hacerlo, con una desconexión especial del circuito magnético correspondiente. Y el Director, ahora, estaba a miles de años de distancia de él. Y de aquel lugar y momento.

—Oh, la caja... —suspiró Zekk, buscando rápidamente una explicación plausible para aquellas gentes de Tebas. Sacudió la cabeza, pensativo—. Me dijeron que nada ni nadie podría abrirlo, en tanto la magia se conservase.

—¿Magia? —la voz profunda que sonó ahora, era la del hombre alto, de ropajes lujosos bajo el manto oscuro. Se aproximó a él, con paso firme. Sus piernas eran delgadas, y sus sandalias de buen material, salpicado de incrustaciones de oro—. ¿Qué clase de magia, extranjero?

Zekk le contempló. Era de tez oscura, de ojos rasgados y fríos, boca carnosa y expresión cruel. Tenía nariz halconada y hundidas mejillas. Su modo de mirar era penetrante y duro. Aquel hombre poseía autoridad. Y astucia. No era fácil engañarle.

—Lo ignoro, señor —se expresó Zekk con fingida humildad—. Un viajero se cruzó conmigo en el desierto, al norte de Semma. Le ayudé a salir de un apuro y, en pago, me obsequió con esa caja. Dijo que cuando necesitara imperiosamente salvar mi vida de algo injusto, la caja se abriría por sí sola en mis manos... y la injusticia dejaría de existir. Pero nadie en el mundo que no fuese yo, sería jamás capaz de abrir ese estuche y ver su contenido.

—Evidentemente, tenía razón el mago viajero —suspiró el hombre alto. Sus manos largas y huesudas alcanzaron, en una mesa., la caja metálica, apaisada, donde Zekk llevaba todas sus preciosas pertenencias de otro tiempo: armas, identificación, ropas metálico-plásticas, cuidadosamente plegadas... Sus medios de subsistir en cualquier lugar del Tiempo. Incluso cápsulas alimenticias e hidratantes. Y medicamentos especiales. El desconocido probó en vano a descubrir siquiera la rendija de la tapa de aquel estuche color aluminio mate—. No hay medio de abrirla. Es una caja, pero ni siquiera lo parece, extranjero.

—Dejando a un lado esa maldita caja, señores —se irritó Zekk, incorporándose—. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué he sido golpeado, por qué se me pregunta todo esto? ¿Quién eres tú, desconocido?

El personaje se volvió a él. Le miró glacialmente, con arrogancia.

—Soy Tutmak, sacerdote del faraón —dijo con frialdad.

Un sacerdote de Sesostis III. Nada menos que uno de los hombres más influyentes de la época. Siempre se había dado por supuesto que los sacerdotes gobernaban más que los propios faraones.

—Un sacerdote real... ¿en un figón? —dudó Zekk—. ¿Con una bailarina impúdica y un gañán brutal?

—Si vuelves a insultar a Sefer y a mí, sufrirás las consecuencias, extranjero —se enfureció Enok, acercándose a él, amenazador.

—Ya basta —cortó el sacerdote, alzando sus huesudos brazos en ademán apaciguador—. No quiero disputas. El extranjero posee algo mágico consigo. Pero sabemos que es fiel al faraón, según sus palabras. De modo que, o bien nos ha mentido... o él no es el asesino que esperamos, Enok. Habéis cometido un error tras otro. Sefer y tú.

—Pero... pero lo convenido era que el asesino llegase al figón y dijera ser fiel al faraón... —se defendió Enok, ante la perplejidad de Zekk, que no acababa de entender aquello.

—Antes era preciso saber otras cosas —el sacerdote señaló a Zekk —. Si Sesostis ha sospechado algo y nos envía a un agente suyo, sería nuestra ruina.

—No es un hombre de Tebas —señaló Sefer, mirando intrigada a Zekk. Luego, su carne bronceada y voluptuosa se estremeció—. Incluso no... no parece un hombre de Egipto. Tiene algo extraño, no sé...

—Sea quien fuere, está en nuestras manos —señaló con frialdad Tutmak—. Puedo hacerle ejecutar en el acto. O autorizaros a que vosotros le asesinéis, en total impunidad. De él depende que eso no suceda.

—¿De mí, señor? —dudó Zekk—. Temo no entender absolutamente nada de todo esto.

—Sería mejor para ti —se inclinó sobre él, con mirada ardiente—. Escucha esto, extranjero: hablaste de injusticias y de peligro. Bien: ésa es tu actual situación. El faraón es un tirano que engaña al pueblo con falsas promesas y con medidas que sólo conducirán a la degeneración del pueblo egipcio. Debe morir. El, y sus hijos, para que su sobrino suba al trono. Su sobrino es muy joven, pero bajo mi tutela, será el mayor faraón de la historia.

—Entiendo —Zekk apretó los labios—. ¿Qué buscas? ¿La grandeza de Egipto o la tuya propia?

—Eres demasiado listo, ¿no es verdad? —se irritó el sacerdote, mirándole con ira—. Supongo que no te conviene profundizar. Sería un error para ti. Estás en peligro, no lo dudes. Pero la magia de tu caja

no va a servirte de nada ante mis poderes. En cambio, si colaboras... posiblemente te veas libre, a salvo... y lleno de oro.

—¿Oro? —Zekk pestañeó, fingiendo codicia—. Eso es diferente.

—Claro. Siempre es diferente cuando hay oro por medio. Estamos esperando a un asesino profesional, pero algo ha sucedido que demora su llegada a Tebas. Ya es de noche, y precisamente antes del nuevo día, debe morir Sesostis III, para que la justicia impere en el país.

—¿Y sus hijos?

—También morirán. Pero de ellos me ocuparé personalmente yo. Confían mucho en mí. No sospecharán nada. En cambio, el faraón desconfía. No me tiene fe. No podría hacerlo, sin un intermediario que ejecutara la sentencia.

—¿Por qué no cualquier asesino de Tebas? ¿O el propio Enok? —sugirió Zekk.

—Yo soy un proscrito —cortó Enok con aspereza—. Tengo mi cabeza a precio, extranjero. Si me aproximase al palacio, posiblemente me reconocerían antes de llegar hasta el faraón. No debemos correr riesgos. Nuestro complot es justiciero. El tirano debe morir.

Zekk medió en silencio, fija su mirada en la voluptuosa Sefer. Ella parecía también poco adecuada para la misión. Aquellos conjurados iban a asesinar a un faraón que había pasado a la Historia como un ejemplo de prudencia, honestidad y grandeza de miras. No era justo dijesen lo que dijesen, aquel proyecto suyo. Era fácil intuir las ambiciones perversas de Tutmak y la baja condición de sus esbirros. Aquel criminal a sueldo que se demoraba, le había puesto a él en situación privilegiada para poder salvar la vida del faraón, monarca y dios de los egipcios. Pero también tenía otras cosas que hacer. Y no podía mezclarse en el devenir histórico de los hechos. Iba contra las leyes de los viajeros del Tiempo.

Sin embargo, no parecía tan fácil mantenerse estrictamente dentro de los reglamentos, teniendo en cuenta que ellos sí podían borrarle del mundo de los vivos de un solo golpe... y ya jamás existiría en época alguna un hombre llamado Zekk.

—No soy un asesino —dijo Zekk lentamente—. Pero tampoco concedo demasiado valor a una vida humana... mientras no sea la mía, Tutmak.

—Excelente —sonrió el sacerdote—. Es una filosofía muy

inteligente la tuya.

—Podría estaros engañando, sin embargo —silabeó el hombre del futuro—. Y serle fiel al rey, pese a todo. Eso os costaría muy caro.

—No confío en ti en absoluto —se encogió de hombros Tutmak—. Serás vigilado. Si llegas al faraón y no matas... serás muerto con él. Perderás vida y fortuna. Una carga de oro espera al asesino de Sesostis. Y un vehículo con escolta, para cruzar la frontera libia.

Zekk meditaba. El riesgo tenía que correrse, antes o después. Negarse ahora, significaría ser asesinado sin pérdida de tiempo. Aceptar, implicaba ganar algún tiempo. Intentar advertir al faraón y salvar su vida, era la muerte para ambos.

Por otro lado, estaba su misión. Sarko, el asesino... Estaba en alguna parte de Tebas. Le era perceptible su emisión de vibraciones. Si aquella gente diese con el forajido del futuro, sí habría encontrado al perfecto criminal para deshacerse de Sesostis III. Y Sarko era capaz, como él mismo, de hablar cualquier lengua desconocida o muerta. Más aún: era un mutante. Podía alterar a placer su físico, su aspecto, su rostro, su cuerpo... Encontrar a Sarko en Tebas, empezaba a parecer tarea de gigantes. Zekk necesitaba tiempo. Era un contrasentido, una paradoja, pero... necesitaba tiempo dentro del Tiempo...

—Está bien —suspiró al fin, alzando una mano con energía—. Contad conmigo. No os engañaré. Estoy dispuesto a matar al faraón.

* * *

Matar al faraón Sesostis III, en el Imperio Medio egipcio. Casi dos mil años antes de Cristo. Y él era la persona elegida: Zekk, el extranjero.

El lugar: el propio palacio del faraón, en la más bella y esplendorosa zona de Tebas. La hora: el amanecer.

Todo estaba medido. Sesostis III salía con el alba a sus jardines, a meditar en soledad, junto a la esfinge de piedra que, rodeada de otras figuras religiosas, y de altas y cimbreantes palmeras, se miraba en las agua azules de un límpido estanque. En las baldosas del suelo suntuoso, símbolos reales y religiosos se mezclaban, con la natural profusión con que los egipcios llenaron siempre la piedra de signos y de rituales.

Reflejos de lapislázuli, centelleo de oro y de jades, di alabastro translúcido y de láminas de preciosos metales y pedrería, se

mezclaban con los mil fulgores lejanos de las estrellas, dispersas allá en las alturas, sobre el suele cálido del Egipto milenario. Eran las mismas estrellas que vieron a los faraones en su momento. Las mismas con ligeras alteraciones, que a él y a Aloya les habían acompañado en sus noches tranquilas, allá en el futuro en una ciudad mucho menos bella y fastuosa de Tebas Mucho más fría, rígida y funcional que la capital de los reyes-dioses de Egipto… Pero era su ciudad. Su tiempo Su propia vida. Y estaba ella. Aloya…

—Aloya… —suspiró Zekk, el policía que viajaba en el Tiempo, deteniéndose junto a unas palmeras, en la fronda fresca y umbría, no lejos del estanque, tras salvar gracias a las instrucciones precisas del sacerdote Tutmak, la vigilancia de los soldados de guardia.

Y se sintió inmensamente lejos de ella, lejos de todo lo que le era familiar. Luchando estúpidamente contra el crimen en una Dimensión que a todos estaba prohibida. Más allá de toda distancia geográfica. En un viaje a través de la noche de los tiempos…

No debía pensar en Aloya. No ahora. Tenía demasiadas cosas para ocupar su mente, aun sin preocuparse por la separación de la muchacha amada, la que pronto debía de ser su esposa… si alguna vez regresaba de este viaje increíble.

Estaba Sesostis III, el faraón en peligro. Estaba Tutmak, el sacerdote ambicioso y maligno. Y estaba, sobre todo, un ser llamado Sarko, oculto en alguna parte, sabiéndose perseguido por Zekk, un detective de su tiempo. Un ser capaz de mostrar cualquier apariencia física, que no fuese la suya propia. Oculto siempre, para no ser identificado por el hombre que le perseguía.

Miró en derredor, pensativo. La caja estaba en poder de Sefer, la danzarina lúbrica del figón. Era como un rehén que respondía de su regreso, tras el asesinato del rey. Enok acechaba en alguna parte. Alguien más, dentro del palacio, vigilaba para que él cumpliese su siniestra misión. Y, entre tanto, el sacerdote se disponía, por su parte, a la feroz matanza de unos niños inocentes, hijos del faraón, para así elevar al trono de Egipto a otro niño más fácil de manejar a su antojo…

En su cintura, entre los pliegues de su faldón egipcio, bajo el desnudo torso, centelleaba el arma regicida: una especie de flecha con forma de estilete, provista de un muelle singular en su empuñadura. Cuando oprimiese esa empuñadura, el muelle se dispararía… y como una ballesta mortífera, la daga iría directamente hacia el faraón.

Bastaría una leve herida superficial. El veneno que emponzoñaba la sutil hoja, terminaría con la regia vida en menos de un minuto.

El faraón esperaba aquella mañana a un nuevo escriba extranjero, procedente de tierras del mar. Un nativo de Biblos o de Chipre, los pueblos marinos con quienes Sesostis mantenía comercio y relación amistosa. A veces eran de muy pálida piel y ojos azules, como Zekk. No sospecharía nada al verle. En su mano zurda, Zekk llevaba tablillas de barro cocido y un punzón de escritura jeroglífica. Sería fácil hacerse pasar por el escriba nuevo, puesto que había llegado al jardín. Sesostis pensaría que él había dejado su identidad bien probada al jefe de su guardia, y no sospecharía nada... hasta que la muerte estuviese dentro de su cuerpo real, de divinidad legalmente reconocida en todo Egipto.

Ese era el complot. Zekk era su ejecutor. El detective del futuro se preguntaba cómo iba a serle posible salvar al rey y, al mismo tiempo, salvarse él mismo. Tutmak era un peligroso enemigo que no perdonaría fácilmente.

El amanecer estaba próximo. No tardaría en asomar la primera claridad tras las grandes figuras de piedra las gigantescas esfinges de las avenidas de Tebas, y las palmeras que se mecían suavemente con la fresca brisa nocturna del Nilo.

El ibis sagrado sobrevolaba las flores de loto, y el pueblo tebano dormía. Sólo el Mal estaba al acecho. El Mal simbolizado por Tutmak y sus ambiciones sanguinarias. El Mal, representado por Sarko, el asesino evadido de otro lugar en el Tiempo, escondido en algún punte de Tebas...

Zekk se ocultó súbitamente, procurando no hacer ruido.

El rumor metálico se aproximó. Las pisadas sonaron huecas sobre las baldosas de piedra azul y dorada que rodeaban el estanque. Dos soldados aparecieron tras el muro del edificio real. Iban armados y provistos de escudos. Recorrían el jardín, sin duda cumpliendo la última ronda de su guardia.

Era un recorrido rutinario pero minucioso. Zekk tuvo que agazaparse entre las palmeras para no ser visto. Los soldados pasaron muy cerca de él.

Apenas se hubo quedado solo, por oriente clareó de modo ligero el horizonte. Una luz azul, de matices rosados, pintó pinceladas de color y de claridad en los tejados de las casas tebanas, y en las cabezas de los monumentos de piedra.

Zekk respiró hondo. Cada vez había menos tiempo. El momento crucial se aproximaba. Muchas cosas estaban en juego en un solo instante, perdido en los milenios del pasado: la vida de un faraón, la de un detective nacido cuatro mil años más tarde… y la suerte de un forajido que escapó a su propio destino, violando todas las leyes establecidas.

Eran demasiadas cosas, para depender simplemente de él. De él, y del azar.

Miró cautelosamente hacia las altas tapias del palacio. No descubrió a nadie y, sin embargo, intuyó que era vigilado por gentes leales a Tutmak, el sacerdote regicida.

En alguna parte, ojos misteriosos le vigilaban, le seguían paso a paso. Su traición para con los conjurados, significaría su muerte. Y la del propio Sesostis, sin duda alguna.

Apretó los labios. Su mente trabajaba de prisa. Sus manos estaban apretadas, con los nervios tensos. Los ojos entornados, casi le dolían, tal era la fijeza con que miraban hacia la galería de columnas salpicadas de jeroglíficos, por donde aparecería el rey, según explicaciones del sacerdote, para su cotidiano paseo meditativo matinal.

La luz de la aurora se iba acentuando suave, paulatinamente. El cielo se tornaba de un azul límpido, y las estrellas apagaban su brillo cansadamente.

De pronto, sonó el suave roce de las sandalias en el embaldosado suelo. Una sombra lenta v tranquila caminó por entre las columnas con inscripciones.

¡El faraón!

La mente de Zekk se hizo casi una presencia dolorosa y taladrante, dentro de su cráneo. De alguna parte de Tebas, le llegó difusamente la vibración magnética de la presencia de Sarko, el asesino. Le hubiera gustado saber *dónde* se hallaba. Pero también le gustaría saber cómo iba a salvar al faraón de aquel desastre… y cómo se salvaría él mismo.

La alta, joven, majestuosa figura del hombre enjuto, bronceado, adornado con la tiara real, compuesta por la serpiente y el halcón, símbolos regios de Egipto, con el báculo de mando en una mano, la barba postiza adherida a su barbilla, y los enjoyados collares regios rodeando su garganta y descendiendo sobre su torso de bronce vivo,

impresionó a Zekk.

Por vez primera, acaso única, un ser humano de otros tiempos se veía frente a la humana divinidad de Egipto, personificada en su rey. El complot iba más allá de la muerte de un monarca. Iba a asesinar a un dios.

Se dispuso a salir de su escondrijo, caminando con naturalidad, serenamente. Como si hubiera pasado normalmente los cuerpos de guardia, hasta llegar al rey, dispuesto a transcribir los poemas y pensamientos que el joven rey acostumbraba a crear en sus matinales meditaciones.

Ese sería el momento de avisar a Sesostis III de la trama criminal urdida contra él.

Después… sólo Dios sabía lo que iba a suceder. En un mundo de dioses y de divinidades politeístas, Zekk se encomendó mentalmente al único Dios en el que creía antes de tomar su decisión, abandonar las palmeras, y salir al jardín, con una reverencia bien enseñada previamente por Tutmak.

—Que Horus, Isis, Osiris y todos los dioses de Egipto velen por ti, oh, mi señor —dijo solemnemente Zekk, reverenciando a un rey muerto miles de años antes.

CAPITULO III

Sesostis III elevó la cabeza. Clavó sus rasgados ojos oscuros, rodeados por la pintura de color habitual en los egipcios, en el hombre que aparecía ante él, con la arcilla y el punzón en sus manos.

Tuvo como un ligero sobresalto, y dio un paso atrás como si presintiera algo anormal. Zekk no dejó de observar esa extraña reacción del soberano.

—Soy tu nuevo escriba de Biblos, oh, señor de la Luz, del Sol y de la Vida —manifestó.

—¿De... Biblos? —respiró hondo el faraón, irguiéndose con cierta lentitud—. Oh, entiendo. Me hablaron de ti, pero lo había olvidado por completo. ¿Cuál es tu nombre, escriba?

—Zekk, mi señor —se inclinó él, reverencioso—. Soy tu esclavo y siervo.

—Bien, bien... Sólo deseo que tu escritura sea tan rápida y tan clara como mi imaginación mientras pronuncio pensamientos... Sígueme, Zekk, y escribe cuanto se me ocurra.

—Sí, mi señor —afirmó Zekk, siguiéndole con docilidad de siervo —. Siempre a tus órdenes, para mayor gloria del gran Sesostis III, rey de reyes y amo del mundo...

Y antes de que Sesostis pudiese comenzar sus cánticos, Zekk se aventuró, hablando con rapidez:

—Cuidado, señor. Fingid normalidad. Nada de mirarme o parecer sorprendido por nada. Existe un complot. Debéis ser asesinado hoy. Se supone que por mí mismo. Vuestro sacerdote Tutmak lo dispuso así. Planea asesinar también a vuestros hijos. Nos vigilan. Cuidado, señor...

El faraón continuaba andando con lentitud, como abstraído. Ambos hombres se movían junto a un muro a cuyo pie se abrían aberturas enrejadas, sin duda comunicando con un sótano.

La voz del faraón sonó apagada:

—Bien, Zekk, leal servidor. Te he entendido. No temas. Puedes incluso fingir tu magnicidio, para salvar tu vida. Yo tomaré medidas

contra Tutmak, no lo dudes. Y esta lealtad tuya te valdrá una fortuna en metales preciosos y en honores. Palabra de Sesostis III...

Pero, de súbito, apenas llegados junto al estanque, donde se alzaba una estatua de piedra azul, representado al dios Horus, el faraón actuó extrañamente. Saltó con agilidad pasmosa tras de la gran estatua, protegiéndose con ella y gritando histéricamente, en tanto señalaba a Zekk con brazo rígido:

—¡Favor, socorro! ¡Guardias, a mí! ¡Matad al intruso! ¡El escriba es un asesino! ¡Ha venido a matar al rey! ¡Auxiliadme! ¡Guardias, acudid! ¡Matad al escriba!

A espaldas de Zekk, y no muy lejos de él, redoblaron rápidas pisadas enérgicas sobre las baldosas. La guardia acudía, con estrépito de armas, a la llamada de su rey.

Zekk no supo qué hacer. Esta era la única reacción real que no había previsto.

* * *

La indecisión duró poco tiempo. Apenas unos segundos.

El faraón seguía chillando de modo histérico, señalando a Zekk. Los soldados armados asomaron entre las columnas repletas de jeroglíficos. En cuanto arrojaran sus flechas o lanzas sobre él, le acribillarían impunemente. No tenía ninguna evasión posible.

Si algún cómplice o esbirro de Tutmak vigilaba lo hechos, no creería en una traición de Zekk, pero tampoco sería capaz de salvarle a él o de atacar al faraón. La presencia de la nutrida guardia armada, había cambiado totalmente la decoración.

Zekk, que sólo pretendía ayudar a un rey prudente sensato y noble, como creía que había sido siempre Sesostis III, recibía como pago la sentencia del propio faraón enloquecido: la muerte a manos de la guardia real. Tal vez la Historia se equivocó con él, como con algunos otros.

—Mi señor, esto es ridículo... —se quejó Zekk, viendo venir a la guardia, amenazadora—. Sólo intenté ayudaros, salvar vuestra preciosa vida...

—¡Vamos, no esperéis más! —aulló Sesostis, manoteando tras la estatua que le protegía—. ¡Aniquilad a ese hombre! ¡Es un asesino! ¡Matadlo! ¡Os lo ordena vuestro rey! ¡El escriba procede de Biblos, el

«pueblo del mar» y ellos son los enemigos que ya nos han pretendido invadir en otras ocasiones! ¡Sólo el poder sagrado de los faraones de Egipto evitó la invasión! ¡Matad al asalariado criminal, que por unas monedas vino a matarme...

Los soldados levantaban sus lanzas. Otros, empuñaban las espadas, y algunos alzaban sus arcos para acribillar a flechazos a Zekk.

De súbito, éste, dilatando sus ojos, entendió la terrible verdad.

Las palabras mismas de Sesostis III le habían revelado lo increíble.

—El rey Sesostis III... —masculló, lívido, clavando sus ojos en el amedrentado faraón—. ¿El rey Sesostis hablando de invasiones de «pueblos del mar»... en el Imperio Medio? ¡Esas invasiones tuvieron lugar cientos de años más tarde, y fue Ramsés II, un hombre que aún tardará siglos en nacer quien las detuvo! Además, majestad... No existen monedas en Egipto, ni es fácil que sepáis de ellas... (1[2]).

—¡Matadle, matadle! —rugía incansablemente el faraón. Y nada dijo a las palabras de Zekk, pero su palidez era ostensible.

—Ahora lo entiendo... Tú..., ¡*tú eres Sarko*! ¡El fugitivo del futuro! —aulló Zekk.

Y entonces, sin contemplaciones, desenfundó su daga, precipitándose sobre la estatua de Horus, que protegía al falso faraón.

Tras él, zumbaron flechas y lanzas...

* * *

—¡Alto, en nombre de la divinidad real! ¡Deteneos todos!

La voz potente, clara, tenía una autoridad rotunda y definitiva. Los soldados se pararon en seco, como inmovilizados por un conjuro mágico. Zekk giró la cabeza, cuando ya caía sobre el rey.

Un doble exacto de Sesostis III aparecía ahora en la galería de columnas, tambaleante, con las ropas en desorden, y una herida en la nuca, de la que manaba sangre.

Todos contemplaron con estupor la dualidad de reyes. Todos, menos Zekk, que sabía lo que estaba sucediendo.

—Sarko, maldito forajido —silabeó, plantando su espada contra el evadido del futuro—. Date preso, en nombre de la ley. Has sido muy hábil en elegir identidad en esta época, pero algo ha fallado en tus

planes. No intentes nada, o eres hombre muerto. Ni tú ni yo, ni nadie en el mundo, puede evitar que este arma emponzoñada termine con la vida del que es herido.

—Ten cuidado con lo que haces, Zekk —silabeó el falso rey—. No estoy solo. Si quieres comunicar con tu Centro, te dirán que me evadí con un rehén. Y sólo yo sé dónde está ese rehén oculto, y a buen recaudo.

—¿Un rehén? —Zekk miró de soslayo al verdadero faraón que, majestuosamente, se abría paso hacia ellos, entre su guardia—. Habla, por todos los diablos, Sarko. ¿A quién te refieres?

—A Aloya, tu prometida —rió huecamente el rufián.

—¡Mientes! —aulló Zekk—. ¡Mientes, sucio bribón! ¡Aloya está en su lugar, esperándome!

—¿Sí? ¿Por qué no lo compruebas, antes de estar tan seguro?

Zekk dudó. Comprobar eso, significaba, quizá, perder la última posibilidad de regreso. La energía del traslator en el Tiempo era reducida de reservas. Un contacto a través de los siglos, aunque sólo fuese mental, significaría el agotamiento de esa reserva… y la pérdida definitiva en cualquier lugar del Tiempo.

—No, no puedo hacerlo… —silabeó Zekk, tenso—. Pero si volvemos allá, y eso es cierto…, ¡nada ni nadie te salvará de morir a mis manos, Sarko!

—Pero entonces, nada ni nadiè será capaz de recuperar a Aloya, perdida en el Tiempo —le avisó fríamente Sarko.

Zekk dudó. El faraón estaba ante ellos. El auténtico faraón, con una majestuosidad y una arrogancia que Sarko sólo había sabido imitar torpemente. Los ojos de Sesostis III se clavaron en ambos. Con desprecio en su «doble». Con interés en Zekk.

—¿Quién eres realmente? —preguntó, con suave entonación.

—No vais a creerlo, señor —manifestó Zekk, con humildad auténtica ahora—. No soy de Biblos, sino que procedo de otro lugar mucho más lejano y más difícil de definir. Vine en busca de este criminal que os suplantó. Pero también existe otra cuestión, y ésa no sé si la vais a admitir, señor…

—La oí antes, cuando pasabas con mi suplantador ante esas verjas —señaló las situadas en el muro, junto al suelo—. Me dejó oculto en

una mazmorra y, no sé cómo, ocupó mi puesto, alterando su físico. No se parecía a mí cuando me atacó, sino a uno de mis fieles siervos...

—Es una de sus artes mágicas —silabeó Zekk—. Puede adoptar cualquier forma. Me alegra que escucharais eso. Era la pura verdad, señor.

—Lo creo. Sospechaba algo así. Haré prender a Tutmak y a sus compinches. Pagarán con la vida su traición, extranjero. Y tú, deja que ese hombre sufra también mi castigo. A ti, en recompensa, te daré riquezas y títulos.

—No quiero nada de eso, señor. Sólo a este hombre. Es lo que vine a buscar a Egipto.

—Está bien. Si es tu voluntad... ¡Eh, cuidado, extranjero!

Zekk reaccionó, pero ya era tarde. No pudo evitar que, de súbito, Sarko se convirtiese en una forma humeante, que escapó de sus manos, y que en vano atravesó su emponzoñada daga, disparada por el muelle.

El humo se hizo pájaro. Un ibis gigante remontó el vuelo, alejándose. El faraón dio una orden. Lanzas y flechas siguieron en vano al pájaro, sin tocarlo. Sarko se alejó, tras la sorprendente mutación.

Pero una voz sarcàstica llegó hasta ellos, procedente del pico del ave:

—¡Recuérdalo, Zekk! ¡Aloya está conmigo, y conmigo seguirá, vaya adonde vaya! ¡Si me das alcance de nuevo, recuerda que mi muerte significa perderla!

Y una carcajada aguda se perdió en el cielo azul y rosado del Egipto que amanecía. Zekk contempló, impotente, la evasión de su enemigo. Sabía que ya no le sería posible hallarle en esa época. A Sarko, dueño de una carga energética de viaje en el Tiempo, le era posible ir a cualquier momento del pasado o del futuro.

—Extraña y terrible magia es la que pretendes combatir con tan débiles armas, extranjero —manifestó maravillado el monarca egipcio —. Si puedo hacer algo por ti...

—Mi señor, nadie puede hacer ahora nada por mi. Tuve cerca a mi presa, y la dejé escapar. Quizá no me suceda otra vez, pero para ello tendré que encontrarle de nuevo, y no va a ser fácil. Sólo un favor está en vuestra mano hacerme, gran Sesostis III.

—¿Cuál es? —se interesó el faraón.

—Interesa capturar a un hombre llamado Enok y a una danzarina llamada Sefer, en un figón de Tebas. Ellos son cómplices del sacerdote Tutmak. Y, además, poseer cuanto yo necesito para proseguir mi viaje.

—Se hará en seguida. Mis hombres estarán a tus órdenes para ayudarte en todo, amigo. Dime sólo una cosa.

—¿Cuál, señor?

—¿De dónde vienes, exactamente… y cuál es tu condición? No pareces un hombre como los que conozco egipcios o extranjeros.

—No lo soy, señor. Vuestra inteligencia ha descubierto que hay algo raro en mí. Permitidme que no os lo revele. No os causaría sino preocupaciones y, tal vez, in credulidad. Es algo que está al margen de todo lo conocido hasta hoy. Permitid que guarde el secreto… pere sabed que, en alguna parte, en algún momento, tenéis un amigo que admira vuestra persona y vuestra obra de rey.

—Estoy seguro de eso —sonrió Sesostis III, tendiendo su mano leal a Zekk—. Ve en paz, extranjero. Guarda tu secreto. Tal vez, como tú dices, haya cosas que no siempre deben revelarse. Mis hombres te ayudarán. Esa gente no escapará de Tebas, te lo aseguro. Y tú recuperarás tus pertenencias, a menos que ellos no las hayan destruido.

—No, señor. Es imposible destruirlas —Zekk oprimió la mano del faraón, en vez de besarla, para sorpresa del monarca. Su apretón cordial, amistoso, desorientó al rey tebano—. Adiós, señor. Tal vez nunca nos veamos ya. No importará. La amistad leal entre dos hombres, va más allá de las distancias… en tiempo y espacio.

—En tiempo y espacio… —los ojos reales relampaguearon, como si a la mente del faraón acudiera una remota posibilidad inconcebible. Luego, su sonrisa se amplió, al despedirle con gesto majestuoso—. Adiós, extranjero. Que los dioses te sean propicios… estés donde estés.

Fue la última vez que Zekk vio a Sesostis III. Las últimas palabras que, en el egipcio culto y suave del Imperio Medio, llegaron a sus oídos.

Poco más tarde, recuperaba la caja metálica, hermética. Sefer, Enok y Tutmak eran prisioneros reales, junto con otros conjurados. Y Zekk se alejaba de Tebas, deteniéndose solamente en un oasis, para cambiar sus ropas egipcias por las metalizadas de su época.

Luego, una presión en el resorte de traslación, bastó.

Abandonó Egipto. Y el año 1830, antes de Cristo.

Viajó de nuevo en la gran espiral sin dimensiones del Tiempo.

En pos de una vibración magnética que señalaba el paso de un hombre, huyendo sobre países y épocas.

Un hombre que no huía solo. Un hombre que llevaba consigo el más precioso rehén humano: Aloya, su prometida. Una mujer, cautiva del peor y más despiadado criminal existente. Una mujer cuya vida nada valía en tales manos. A Sarko no le importaría en absoluto asesinarla, si con ello beneficiaba su situación.

—Si muere Aloya, no se cumplirá en él la ley —meditó Zekk, mientras viajaba en el Tiempo—. Mataré a Sarko. Lo mataré, aunque ello me sitúe al margen de toda ley a mí también…

Pero antes de eso, era preciso encontrar a Sarko.

Y a Aloya. Sobre todo, a Aloya.

Segunda Parte

"HIGHWAYMAN"

CAPITULO PRIMERO

La jauría de perros se perdía ladrando furiosamente entre las arboledas, más allá del camino real.

Sir Robert Walpole suspiró, sacudiendo la cabeza con aire fatigado. Cambió una mirada con el posadero, luego estudió a los gendarmes de gris uniforme, situados en torno a «Las Armas de Rochester».

—Dudo que se salgan con la suya —comentó—. Ese hombre es el mismísimo diablo. Seguro que escapará otra vez, incluso a los mastines de lord Doversham.

—Si eso sucede, a lord Doversham le dará un ataque de apoplejía —rió de buena gana el posadero Chambers—. No puede perdonar el robo de que ha sido víctima en la última diligencia de Londres.

—Lo comprendo —también sir Robert tuvo que hacer un poderoso esfuerzo por contener la sonrisa— ¿Cuánto le robaron a lord Doversham, exactamente?

—La bonita suma de cinco mil libras. Pero eso no fue lo peor.

—¿Hubo algo más? —se interesó curiosamente el noble que, hasta pocos meses antes, ocupara un cargo ministerial en el Gobierno de Jorge II de Inglaterra.

—¿Si lo hubo? —el posadero meneó la cabeza risueñamente, contemplando la campiña a través de las vidrieras emplomadas del comedor de la fonda, más allá de las grises figuras de los gendarmes apostados ante el edificio—. Cielos, eso fue lo más divertido de todo, créame. Lord Doversham regresaba de Londres con su mejor ejemplar de mastín. Un terrible ser, negro y lustroso, de colmillos como un tigre, capaz de erizar los cabellos del más pintado. Es un doberman feroz, implacable. Le llaman «el asesino negro», por el color casi azulado de su pelo, y se dice que ha matado a más hombres con sus colmillos, que lo hicieran los rufianes de Spitalfields o de Whitechapel en las noches de niebla... Ese horrible animal tiene un nombre adecuado a su aspecto y naturaleza: «Lucifer». Y por Dios que responde a tal denominación, sir Robert. Es el mismísimo diablo convertido en perro, esté seguro de ello. Dicen que a lord Doversham le costó un buen puñado de libras, pero estaba orgulloso de su adquisición.

—Ya. ¿Y qué pasó con ese inquietante ejemplar canino? —se interesó Walpole, curioso.

—Lo peor que podía imaginar lord Doversham: ese monstruo estaba destinado precisamente al peor enemigo de su nuevo dueño.

—¿Te refieres a...?

—Naturalmente, señor. Me refiero a... Dick Turpin.

Sir Robert Walpole asintió, meditativo. El nombre del más famoso *highwayman* (1[3]) de toda Inglaterra, le había ensombrecido repentinamente el semblante. No cabía duda de que traía a su memoria recuerdos de todo género, algunos de ellos preocupantes.

—Dick Turpin... —repitió lentamente—. Sin duda que serás uno de sus admiradores, Chambers.

—Si dijera eso a un gendarme, sin duda me costaría un disgusto —resopló el cantinero—. Pero lo cierto es que admiro profundamente a Turpin y a sus hombres. Distan mucho de ser lo que la gente cree. No son asesinos ni malvados. Les he visto auxiliar a mucha gente en apuros, con el mayor desinterés.

—Bien, pero... son forajidos. Están al margen de la ley. Tienen su cabeza a precio.

—Por supuesto, señor. En nuestros tiempos, no siempre la ley es justa —se encogió de hombros, disponiéndose a volver a la cocina—. Dick Turpin es un hombre en esas circunstancias. No fueron justos con él en cierto momento, y ahora paga las consecuencias de ese error ajeno. Por ello, muchos simpatizamos con él. Aunque, por supuesto, no signifique que le encubrimos, ya que eso podría costamos también la cabeza.

—Aunque lo encubrieses, Chambers, estoy seguro de que no lo admitirías —rió Walpole—. Ahora, dime: ¿qué pasó con el perro de lord Doversham?

—«Lucifer» viajaba en un cajón especial, en el techo de la diligencia. Ya son tres las veces que el lord es asaltado en el camino real por la banda de Dick Turpin. Está furioso, y quiere lanzar a «Lucifer» contra el bandido de la casaca roja. Pues bien... ¡Turpin no sólo le ha robado por tercera vez, sino que se ha apoderado del cajón con «Lucifer» dentro, y ha escapado con él en su poder! Es evidente que conocía la idea de su enemigo, y se ha mofado de él, quedándose con el temible animal.

—Es una humillación más para lord Doversham. Ahora comprendo por qué envía contra los bandidos a su jauría de perros de caza, guiada por sus ojeadores... Pero es inhumano cazar hombres. Creo que el jefe de la gendarmería, no debería permitirlo.

—Oh, ¿os referís a ese maldito hombrecillo, a Silas Clyde, jefe de policía del condado? —en el rostro del posadero hubo un gesto de ostensible desprecio—. Es capaz de cualquier cosa, con tal de dar caza a Turpin y poderse embolsar la correspondiente recompensa ofrecida por su cabeza. Es un bellaco, señor, dicho sea con todos los respetos.

—Está bien, Chambers —suspiró sir Robert, incorporándose lentamente—. Como ex ministro de la Corona, no puedo aprobar tu modo de pensar. Oficialmente, soy sólo un ciudadano británico, fiel a mi rey y a mi legislación, y fingiré no haber escuchado nada de cuanto dijiste. Ahora, sírveme la cena, y trata de olvidar a lord Doversham, tu aborrecido vecino, y también a tu admirado, peligrosamente admirado por cierto, caballero bandido. La amistad de Dick Turpin acostumbra a conducir a la cárcel... o al patíbulo, amigo Chambers, no lo olvides. Si alguien menos comprensivo que yo escuchara tus palabras... creo que lo pasarías bastante mal.

—Cierto, señor —afirmó el mesonero—. Pero nadie salvo vos me habrá escuchado jamás hablar sinceramente sobre el caballero Turpin, estad seguro.

—Lo estoy, amigo mío. Si algo tenéis los posaderos, es astucia y sentido de la prudencia, no hay duda —rió de buena gana sir Robert, tomando asiento en otra mesa más confortable, a la espera de la cena.

Afuera, en los bosques cercanos, seguían ladrando rabiosamente los mastines de lord Doversham, en busca frenética de Dick Turpin y su cuadrilla. Los gendarmes paseaban, impávidos, vigilando la posada y sus alrededores. El cielo, sobre el condado de Norfolk, empezaba a oscurecer rápidamente, a la caída de la tarde otoñal.

Sir Robert se preguntó si, realmente, los mastines serían más eficaces que los policías de Londres en la captura del astuto bandido de la casaca roja y el negro antifaz.

* * *

—Logramos burlarlos momentáneamente —suspiró el alto joven de arrogante figura, rostro enmascarado, tricornio orlado de oro, peluca anudada a la nuca, chaleco azul y oro, casaca roja, pantalón blanco y altas botas de montar, negras y charoladas.

—Eso parece, Dick —resopló Tomás King, volviendo la cabeza hacia el denso boscaje que quedara atrás. Se enjugó el sudor del rostro, y cambió una mirada con su jefe y amigo, al tiempo que el negro Batanero y el pelirrojo y patilludo Peters, descabalgaban, pistola en mano, escudriñando a espaldas suyas, tras haber burlado a los perseguidores en la acequia inmediata, tras salvar unos campos de labranza y un sendero vecinal con rastrillo

—Lord Dovertsham se ha puesto duro —comentó Turpin, pensativo, desprendiendo el negro antifaz de su rostro, viril y enérgico, de noble mirada—. Es evidente que le ha enfurecido mucho el asalto a la diligencia… y sobre todo, la pérdida de su flamante ejemplar.

—Eso se lo debemos a Moscarda —rió Tomás King jovialmente, palmeando la espalda de su citado amigo—, Con su atractivo físico logró seducir a la joven doncella de lord Dovertsham… y ella nos pudo informar de lo que proyectaba su amo. Ese perro debe ser algo serio, sin duda alguna.

Todos miraron el pesado embalaje en cuyo interior gruñía amenazadora, hoscamente, la voz áspera del doberman traído de Londres por el noble de Norfolk. Les había sido difícil trasladar aquello a través del abrupto terreno elegido para burlar a los mastines del lord, pero lo cierto es que habían alcanzado su madriguera actual pese a todas las dificultades, dejando tras de sí a la jauría feroz y a sus conductores. Tampoco se veía rastro de los gendarmes que escoltaban a sir Robert Walpole en su visita a Norfolk, de la que ellos tenían conocimiento, y cuyos motivos continuaban siendo aún oscuros para la cuadrilla de Dick.

Peters y Batanero se habían situado a la entrada de la vieja abadía en ruinas donde se hallaban ellos ahora, aparentemente a salvo. Los dos bandidos, el pelirrojo y el negro, disputaban como en ellos era frecuente, y nadie les hacía caso por ello (1[4]). Otra actitud, por parte de los simpáticos bandidos de la cuadrilla, hubiese resultado incongruente.

Moscarda se encaminó al refugio subterráneo donde ocultaban los caballos, y King preguntó tras un silencio, golpeando el cajón del doberman, entre gruñidos hoscos de éste:

—Y bien, Dick… ¿qué hacemos con este invitado especial? No me gusta su proximidad.

—A mí tampoco —suspiró Turpin, frunciendo el ceño, y

sentándose con calma entre unos muros derruidos—. Me gustaría amaestrarlo lo suficiente para que volviese y mordiera las posaderas de su amo. Pero me imagino que sería una tarea tan ardua como peligrosa, y no merece la pena. Lo que haremos es regalárselo a cualquier otro, para que con él haga algo más edificante que cazar hombres, como pretende lord Dovensham.

—Algún cazador o campesino agradecerá el regalo, estoy seguro —afirmó risueñamente Tomás King, estudiando el cajón con disgusto —. Me lo llevaré apenas anochezca totalmente, y lo dejaré en algún sitio, con una nota aclaratoria respecto a la especie de perro que es el tal «Lucifer», el ejemplar sanguinario que compró lord Doversham...

Dick asintió. Se veía el cansancio en todos los *highwaymen* de las carreteras británicas reunidos en la vieja abadía ruinosa de aquella región apacible de Norfolk. Sobre ellos, el cielo era ya totalmente sombrío y nuboso, aunque en la distancia, tras las arboledas y el río, se descubrían aún jirones rojizos de crepúsculo.

Los bandidos estaban cansados. En la lejanía, ladraban furiosamente los burlados mastines. Más lejos aún, brillaban algunas luces amarillentas, en las ventanas de hosterías y casas de campo.

La Inglaterra del siglo XVIII, en su último cuarto de siglo, era lugar abonado para el bandolerismo. La miseria, el hambre, la injusticia y la férrea represión policial contra delincuentes que muchas veces lo eran sólo por imperiosa necesidad, eran el abono de esa cosecha de delincuencia lanzada a los caminos reales o reprimida ya en sus inicios, en los suburbios londinenses, con el encierro en la lóbrega y siniestra prisión de Newgate, la más vil, vergonzosa y miserable de todas las prisiones imaginables.

Había personas que, como Dick Turpin y sus camaradas, culpaban de ello a la actual casa reinante, los Hannover, de origen germano. Jorge II, monarca en el trono actualmente, era uno más de los responsables de tal situación, desde que se instauró la dinastía de los Hannover en Inglaterra. Pero lo cierto es que la misma sociedad inglesa era culpable de muchas otras injusticias de la época.

Sobre Norfolk había anochecido ya totalmente, cuando un extraño hombre de indumentaria plástica, metalizada, color aluminio, se materializó en medio de la campiña, no lejos de la enfangada carretera real, junto a un edificio de parada de postas, provisto de portón o barrera para el paso a la ruta.

Unos claros ojos azules, fríos y duros, estudiaron atentamente en

torno suyo el paraje. Unas vibraciones magnéticas llegaron a su percepción mental. Las coordenadas le dieron la respuesta que esperaba, sobre la pantalla electrónica de su pequeño indicador:

Inglaterra. Condado de Norfolk.

1768.

Ya sabía *dónde* estaba. En espacio y tiempo.

Sus ojos se clavaron en un pasquín clavado sobre un árbol de la carretera principal, o «camino real» de la época. Leyó su texto de encabezamiento, y entendió:

«10.000 libras de recompensa por Dick Turpin, vivo o muerto.»

—Entiendo —murmuró para sí Zekk, el detective del Tiempo—. En algún sitio, Sarko está aquí ahora… Pero ¿*dónde* y en qué forma? Y, sobre todo… ¿dónde tendrá a Aloya?

Eran preguntas sin respuesta. Zekk no esperaba que la noche, la brisa fría y húmeda o los mil ruidos de la campiña oscura le dieran solución a sus dudas.

De modo que siguió adelante. Caminando sin rumbo fijo.

Sólo la casualidad le condujo hacia unas ruinas ennegrecidas, situadas no lejos de una acequia y de un frondoso bosque de álamos. Hacia una vieja abadía ruinosa y olvidada…

Hacia el segundo paso de su destino en el Tiempo.

Un paso que se interrumpió de súbito con un roce helado en la sien. Y una voz tan fría como ese contacto repentino y ominoso:

—Un movimiento, un paso tan sólo… y sois hombre muerto.

CAPITULO II

—¿Quién sois?

Zekk apretó los labios. Contempló al hombre joven, alto, viril, de roja casaca y chaleco largo, azul y oro. Los ojos oscuros eran serenos y llenos de inteligencia. También tenían un destello peculiar de dureza, harto lógico en estas circunstancias.

—Creo que mi nombre no os dirá nada —manifestó el detective en el Tiempo.

—Aun así, decidlo.

—Bien. Me llamo Zekk.

—Zekk... Es un extraño nombre. ¿Sois extranjero acaso?

—Sí. Puede decirse que soy extranjero. No nací en Inglaterra, para ser exacto.

—Lo suponía. Habláis bien el inglés, sin embargo. Aunque algo rápido y confuso.

—Es cosa de mi país —sonrió Zekk.

—¿Qué país es ése? —se interesó Dick Turpin.

—Oh, vale más que no os hable de ello. No lo entenderíais, palabra.

—¿Por qué no? Somos bandidos, señor Zekk. Pero no somos salvajes ni ignorantes.

—Lo sé. Si sois Dick Turpin, es obvio que no sois un fuera de la ley totalmente vulgar, ni mucho menos.

—No me gustan los halagos —manifestó secamente Turpin.

—Ni yo los acostumbro a propagar. Sólo os dije algo sincero. Y cierto, sin duda.

—Hay algo más que me sorprende en vuestro aspecto. Son... esas ropas. Ese tejido que parece plata... Esa rara moda que no entiendo...

Zekk sonrió, a la luz de las antorchas que, colgadas de los muros húmedos, en los lóbregos sótanos de la vieja abadía ruinosa, eran toda la iluminación del lugar. Esa claridad hacía centellear el oro y las sedas de las ropas de los bandidos. Pero más aún el aluminizado de su indumentaria, tan absurdamente ajena a todo lo que le rodeaba en aquel siglo lleno de contrastes, donde el lujo y el esplendor se mezclaban con la miseria y la injusticia de una sociedad desigual y corrompida.

—Forma parte del país de donde vengo. Y de sus costumbres y usos —manifestó lentamente Zekk, con un suspiro. Clavó sus ojos en Dick—. De verdad que no lo entenderíais jamás, por mucho que os lo explicara. Es... es demasiado fantástico, expresado así.

—Me gustan las cosas fantásticas —sonrió Turpin—. Mi vida dista mucho de ser vulgar o rutinaria, como sabéis. Zekk, habladme de vos y de vuestro origen real, o sospecharé que sois solamente un espía de los gendarmes, un esbirro de lord Doversham, quizá.

—Lord Doversham... —Zekk se encogió de hombros—. Ese nombre, nada me dice, caballero Turpin. Imagino que será uno de vuestros numerosos enemigos. Esta sociedad no os perdona la rebeldía contra sus normas, pero pensad que no es una excepción, ni siquiera un mal de esta época en que os ha tocado vivir. Todos los tiempos fueron y serán iguales en el fondo.

—Habláis como si vos no fuerais de esta época —replicó Dick secamente—. ¿Por qué, Zekk? ¿Pretendéis burlaros de mí, o sois uno de esos filósofos que hablan de raras doctrinas más propias de tiempos de libertad y de respeto a las personas de cualquier condición social? Porque todo ello no es sino pura utopía, y si sois inteligente, así tendréis que admitirlo.

—Turpin, vos sois ahora un hombre fuera de la ley, a causa de vuestra enemistad con los Hannover —declaró Zekk—. Pero pensad que las leyes no siempre son justas, las dicte quien las dicte. Y que en todas las épocas hubo y habrá hombres como vos, que morirán en prisión, en el patíbulo... o serán indultados en el mejor de los casos, si los gobernantes son lo bastante magnánimos para ello. Serán héroes del pueblo. Pero ese heroísmo no salvará sus vidas, aunque sí dejen la semilla de una lucha eterna por las libertades del hombre.

—Me gustan vuestras palabras, Zekk. Lo que no me gusta es el misterio que os rodea. Mis hombres os hallaron merodeando por estos alrededores, os trajeron aquí, y aún no sé gran cosa sobre vos, salvo que vestís ropas que no vi jamás anteriormente... y que esa caja que

lleváis, aparentemente metálica, aunque de extraña aleación, no se abre por medio alguno conocido.

—Todo eso os hará imaginar que mi secreto no es vulgar y, por tanto, no merece la pena ser revelado, en tanto no me conozcáis mejor.

—Quizá cuando eso suceda… me hayáis traicionado a la policía o a lord Doversham, mi enemigo mayor en el condado de Norfolk.

—Os doy mi palabra de honor de que eso jamás sucederá. Soy leal con quienes lo son conmigo. Y aunque algo voy buscando, no es nada que se relacione precisamente con vos, Turpin.

—No os conozco. Podéis cumplir vuestra palabra o faltar a ella. Incluso habláis como si, en el fondo, fueseis un policía.

—Dije que me gusta ser sincero con los amigos —suspiró Zekk—. Soy policía.

Moscarda, King y Peters, dieron un respingo. Le miraron con hostilidad. El pelirrojo, incluso aferró la culata de su pistolón.

—Además de sincero, sois temerario —sonrió fríamente Dick Turpin, contemplando a su interlocutor sin inmutarse. Hizo un gesto de calma a sus hombres—. Policía… ¿De Londres quizá?

—No. Os dije antes la verdad. Soy extranjero en estas tierras…

—Eso no significa nada. He luchado contra extranjeros también: Iván Diavallo, López Garleo, Oscar Lefa (1[5]). Todos ellos eran policías. Hábiles y astutos como pocos. La Corona no duda en alquilar mercenarios, cuando alguien les estorba. Dick Turpin es quien más puede estorbarles ahora.

—Os repito que nada tengo que ver con vos. No vine a Inglaterra en busca vuestra, ni siquiera sabía que fuéramos a encontrarnos. Creedme. Lo entenderéis alguna vez, Turpin. Busco a un hombre llamado Sarko.

—¿Sarko? ¿Otro extranjero? —enarcó Dick Turpin sus cejas.

—De mi mismo país —asintió Zekk—. Es un criminal despiadado. Y lleva un rehén consigo: mi propia prometida.

—Si es así, lamento no poder ayudaros. No conozco a nadie que responda a esos datos en todo Norfolk. Y llevo ya aquí un par de meses, jugando al escondite con la gendarmería…

—Lo supongo. No es fácil localizar a alguien como Sarko, creedme.

—¿Qué aspecto tiene? Es posible que alguno de mis hombres haya…

—No, no, desechad esa idea. Sarko puede variar a su antojo de aspecto físico, Turpin. Yo mismo ignoro el que pueda tener ahora, para ocultarse de mí. Está aquí, en Norfolk, de eso estoy seguro. Pero no sé dónde, exactamente.

—Entiendo. ¿Usa disfraces, afeites y cosas así?

—Pues… sí. Cosas así —convino Zekk, sin meterse en nuevas profundidades—. Es como esos actores que pueden mostrarse al público de mil maneras diversas.

—Está bien —Turpin miró pensativo a sus hombres. Era obvio que todos recelaban del extraño visitante. Su modo de mirar sus ropas metalizadas, era harto expresivo—. Mi gente no tiene fe en vos. Ni la más mínima. Y no puedo culparles por ello. Sin embargo, algo me dice que sois sincero y honesto. Si me equivoco, peor para vos. Dick Turpin no acostumbra a perdonar a quienes le traicionan. Quedaos aquí esta noche, si ésa es vuestra idea. Cenad con nosotros, y dormid tranquilo. Mañana, con el nuevo día, elegid mejor camino. No es aconsejable unirse a mi cuadrilla. Eso os pondría al margen de la ley inglesa. Y ella es tan dura con los extranjeros como con los naturales del país. Las mazmorras de Newgate no tienen distingos para unos y otros, creedme.

—Os agradezco vuestra hospitalidad, Turpin —Zekk miró con alivio al bandido—. Mañana seguiré viaje, en pos de la persona a quien busco. No os traicionaré, aunque quizá tampoco pueda ayudaros eficazmente. Se dice que aquello que haya de suceder, sucederá. Y eso, ni yo ni nadie puede evitarlo. Quizá ni siquiera sería honrado mezclarse en ello.

—Volvéis a hablar extrañamente —los ojos oscuros de Turpin relampaguearon, mientras su ceño se fruncía—. Como si estuvierais de vuelta de muchas cosas… y supierais de antemano lo que ha de suceder…

Zekk inclinó la cabeza. No respondió. Se limitó a encogerse de hombros y caminar hacia un escabel cercano, donde tomó asiento, no lejos de Tomás King.

—Nadie puede predecir el futuro —sentenció Zekk—. Los

adivinos y pitonisas, sólo engañan a los incautos, y vos lo sabéis.

—Sí, lo sé —afirmó Dick—. Pero no dije que os creyera un adivino… ni un pitoniso, Zekk.

Los dos hombres cruzaron una mirada. En el rostro joven y altivo de Turpin, brillaba la luz de la inteligencia. Zekk se preguntó interiormente si el famoso bandido de Inglaterra, el terror de los caminos reales, sospechaba algo sobre su persona y su real identidad…

Era absurdo imaginarlo. Pero apenas le pasó la idea por su mente, la mirada de Dick Turpin se apartó de él, como por azar.

* * *

Había sido una cena frugal, regada con cerveza aceptable.

La charla resultó amena, variada y hasta simpática. Parte de la natural hostilidad y desconfianza de los bandidos hacia Zekk, había cedido durante la velada. Cuando se retiraron a dormir en los jergones del sótano de la abadía, tras decidir las guardias correspondientes, incluso le despidieron con un amable «buenas noches, extranjero», que le resultó confortable.

Durante aquella noche, no descansó muy bien. En el exterior, sonaron de madrugada aullidos espantosos y agudos, como de una fiera sanguinaria que anduviese suelta por la campiña de Norfolk.

Los bandidos se incorporaron, agitados, investigando en el exterior, al parecer sin resultado. Batanero, el miembro de piel negra del grupo de bandoleros, comentó con ojos desorbitados por un miedo supersticioso:

No sé si son los perros de la jauría de lord Doversham… o el mismo diablo, que anda suelto por los campos…

Dick escuchó, asomando afuera, pistolón en mano. Parecía preocupado, pero no hizo comentario alguno, aconsejando a sus hombres dormir en calma, a la espera del amanecer.

Así lo hicieron todos, aunque a regañadientes. Y entre ellos, el propio Zekk, que se acostó de nuevo, inquieto y con la mirada fija en la figura de Turpin. Este se acostó de espaldas a él, en un camastro situado al otro lado del sótano, bajo una antorcha humeante colgada del muro.

Pero en un momento dado, Turpin giró la cabeza y se quedó contemplándole. Zekk cerró sus ojos fingiendo dormir. Sin embargo,

estaba seguro de haber sido sorprendido en su insomnio por el capitán de los bandoleros. Y que la mirada de éste reflejaba algo más que inquietud o temor.

Era como si él también estuviera preguntándose interiormente la razón de aquellos espantosos alaridos nocturnos, que tenían mucho de animal, de inhumano. Pero también de diabólico, de siniestro y monstruoso...

Zekk logró al fin conciliar el sueño. Pero éste, invariablemente, giró en torno a la odiada persona de Sarko... y la anhelada de Aloya, su rubia prometida, cautiva del criminal evadido hacia los oscuros y sinuosos senderos del Tiempo.

* * *

—Ha sido espantoso...

—¿Espantoso? —Zekk se incorporó de un salto, dominando su profundo sueño—. ¿Qué es lo espantoso?

Todos los bandidos estaban en pie, algunos a medio vestir. Dick Turpin, en mangas de camisa, dejaba flotar sus anchas mangas, rematadas en puños de encajes, iguales a los de su pechera. Estaba ligeramente pálido, y escuchaba atentamente a sus hombres.

Tomás King se volvió hacia Zekk, dubitativo. Le miró, como preguntándose si debía informarle, y al fin lo hizo:

—Ha sido durante la noche. Sin duda se trataba de esos alaridos que escuchamos anoche, extranjero.

—Pero ¿qué sucedió, exactamente? —se inquietó el detective que viajaba en el Tiempo.

—Moscarda y yo hemos hecho una exploración justo cuando despuntaba el alba. Es aún muy temprano. Pero nos ha bastado para imaginar las terribles escenas acaecidas en el exterior. Sólo un demonio haría algo así...

—Sigo sin saber a qué os referís...

—Venid —dijo Moscarda de súbito, tomándole del brazo—. Os mostraré lo ocurrido.

—Espera —le cortó su jefe—. Os acompaño.

Turpin se puso su casaca. Zekk dudó, antes de abotonarse su

extraño atavío metalizado, que sorprendía y desorientaba a los acompañantes. Pero lo hizo así, resueltamente, al ver que los dos jóvenes bandidos se disponían a abandonar el refugio.

Los tres hombres pisaron el exterior, con las debidas precauciones. Se alejaron de la abadía, en dirección opuesta a la acequia, hasta alcanzar un recodo del río serpenteante, entre arboledas frondosas, de fuerte tonalidad otoñal, amarilla y reseca. El sol no asomaba aún. Pero de haberlo hecho, los densos nubarrones hubiesen impedido totalmente su visión. La mañana era gris y brumosa. El aire que corría, resultaba frío y húmedo.

Moscarda guiaba los pasos a su capitán y a Zekk. Este no sentía el frío en su carne, protegido por las fibras artificiales y térmicas de su atavío futurista, tan diferente, tan increíblemente distinto al que lucían sus compañeros, en aquel siglo XVIII.

Se alejaron de la abadía, por entre arboledas y matorrales, pisando un terreno blando, en el que la escarcha de la noche había puesto su costra cristalina y crujiente. Las botas charoladas del capitán y su compañero, se enfangaban al pisar los charcos casi helados. El calzado aluminizado de Zekk, despedía toda humedad, todo fango, quedando siempre pulcro, nítido, sin manchas, sin apenas hundirse en el barro, gracias a sus suelas y tacones de materia adherente, ligerísima y flotante.

Zekk observó, sorprendido, que el capitán de los bandidos ingleses, el legendario Dick Turpin, giraba su mirada hacia él, de súbito, clavando sus agudos ojos castaños en el raro calzado metalizado. No escapó a su aguda percepción el fenómeno de las pisadas aladas de su raro compañero. Pero Turpin no hizo comentario alguno. Ni volvió a prestar atención al hecho. Eso le hizo pensar a Zekk que se las había con un hombre realmente excepcional en inteligencia y en prudente sentido sobre muchas cosas. Por una vez, la leyenda hacía justo honor al mito. Dick era un gran hombre. Un cerebro claro, intuitivo y observador.

De repente, las reflexiones preocupadas del audaz viajero del Tiempo, se interrumpieron con dramática brusquedad. Un golpe virulento visual, frenó a Zekk en todo ello. Y también en sus acolchados pasos sobre fango y escarcha.

La sangre era un estallido de color dramático, un impacto escarlata ante sus ojos repentinamente dilatados por el horror.

La matanza resultaba cruel, casi nauseabunda. Incluso Turpin

dominó un escalofrío de angustia, vencido por el horror de la escena. Zekk sintió vacilar su razón.

—Por fuerza tuvo que ser un monstruo —jadeó el viajero en el tiempo—. Un auténtico monstruo…

Y así era. Un monstruo inconcebible pudo hacer aquello. Jamás un ser humano o una bestia conocida. La masacre, el ensañamiento, la ferocidad sanguinaria sobre las víctimas, sobre aquellos pobres seres sin vida, había sido alucinante, increíble.

Eran tres personas: un viejo guardabarreras de una parada de postas, un muchacho rubio y pecoso, y una mujer rolliza y vigorosa, cuyo cántaro de leche se había hecho añicos junto a la cerca de un establo. Dentro, una vaca mugía lastimosamente, como si el mismísimo diablo hubiera pasado por allí, dejando su rastro de fuego y de azufre.

—Dios mío… —susurró Dick Turpin—. Es espantoso…

Espantoso. Era la palabra. El despedazamiento de miembros, la destrucción de rostros, brazos y piernas, como triturados por una máquina infernal, convertía en guiñapos a aquellos infelices. La sangre, bajo sus cuerpos desgarrados, entre jirones de ropas, formaba densos charcos coagulados en el frío húmedo de la mañana gris.

—¿Quién pudo hacer algo tan terrible? —jadeó Zekk, impresionado a su pesar.

—Sólo se me ocurre algo —musitó Moscarda roncamente—. Tuvo que ser él… «Lucifer»…

—¿Lucifer? —Zekk entendió mal el comentario—. Es un hecho diabólico, pero no creo que el propio demonio obrase por sí mismo. Yo me refería a su instrumento material, amigo Moscarda.

—Mi compañero dijo bien —terció Dick Turpin, dando al fin la espalda a aquel horror, situado en un claro, entre arboledas y una casa destinada a parada de postas, al parecer totalmente desierta ahora, tras la matanza—. Habla de «Lucifer», un perro.

—¡Un perro! —jadeó Zekk—. ¿Eso pudo hacerlo perro alguno, Dick?

—«Lucifer», sí pudo. Es un doberman gigantesco y terrible, entrenado para matar. Lord Doversham lo compró en Londres para dedicarlo a nuestra caza personal. Pero algo le falló, y nos quedamos con el perro. Sólo que éste… ha sido entregado a los campesinos, para

ser utilizado por ellos… y creo que cometimos un error terrible, que nos convierte en responsables involuntarios e indirectos de este horrendo crimen. Ese animal es un monstruo, una fiera sin piedad. Se ha liberado, acaso trataron de domesticarlo… y atacó hasta matar. Ahora, sólo Dios sabe dónde andará oculto…

—Endiablado perro ése —murmuró Zekk, impresionado—. ¿No es posible que estuviera ya entrenado para volver junto al propio lord Dovensham, si éste lo perdía por alguna razón… y ahora esté en su poder, esperando repetir la matanza en todos vosotros?

Dick Turpin frunció el ceño, mirando pensativo a Zekk. La idea, evidentemente, sonaba algo fantástica. Pero aunque no se le había ocurrido antes, era obvio que no la desechaba, ni mucho menos.

—Lord Doversham estuvo dos semanas en Londres .—manifestó lentamente—. Tuvo tiempo de adiestrar o hacer adiestrar al animal en algo parecido, Zekk. Pero de ser así, ¿cómo podríamos saberlo, puesto que oficialmente lord Doversham ha perdido a su perro? Esto nos será cargado a nosotros en cuenta, no os quepa duda.

—Permitidme investigar esto —pidió Zekk de repente.

—¿Investigarlo decís? —se sorprendió Dick—. ¿De qué modo, amigo mío?

—Dadme ropas adecuadas, y sed depositario de mis objetos y pertenencias en tanto regreso de una visita —sonrió Zekk, pensativo —. Es todo lo que os pido, Turpin.

—¿Una visita? ¿A quién? —se intrigó el capitán de los bandidos.

—Precisamente a lord Doversham en persona —suspiró Zekk apaciblemente.,

CAPITULO III

Bajo la peluca blanca, empolvada, el rostro enjuto, huraño, de ojos pequeños, grises y fríos, no denotaba ninguna cordialidad. Su casaca era color violeta, con adornos plateados, y usaba medias de seda de igual color, sobre los chapines charolados, de ancha hebilla.

Lord Dovershan, rodeado de criados, guardas jurados, hombres armados y mastines de fauces temibles, difícilmente sujetos por las correas de sus palafreneros, era un hombre hosco y poco simpático, de cruel expresión. La mansión, amplia, suntuosa, de grandes bosques, tierras extensas y viviendas de personas sometidas al feudalismo propio de la época, era prueba evidente de su riqueza.

Sin embargo, algo no marchaba bien en el rico aristócrata. Se advertía su nerviosismo, su malhumor, su ira mal dominada... Zekk sabía a qué se debía todo eso. Los disgustos y contrariedades del noble tenían un hombre bien concreto: Dick Turpin.

—¡Dick Turpin! —aulló lord Doversham al escucharle. Y su voz fue casi un pistoletazo. Le miró, con cierta prevención, acaso con sospecha—. No pasa día sin que alguien me diga dónde puedo encontrarlo, a cambio de una recompensa. Pero siempre es un engaño o un modo vil de quererme sacar dinero. No puedo creeros. Ni a vos, ni a nadie.

—No os pedí recompensa alguna, señor —dijo fríamente Zekk—. ¿Quién mencionó aquí dinero?

—¿Cómo? —pestañeó el aristócrata—. ¿Acaso no vinisteis a lo mismo que todos los demás?

—Me temo que estáis en un error, lord Doversham. He venido solamente a deciros que sé dónde se oculta el caballero bandido.

—¡Caballero! ¡Un rufián, un desalmado de la peor especie! Eso es lo que Dick Turpin es, dejaos de tonterías.

—Bien: el bandido, entonces. El rufián o el desalmado, como queráis. Sé dónde encontrarlo, señor. Me ha bastado seguir el rastro de su perro.

—¿Su... perro? —un destello de cólera asomó a ojos de lord Doversham—. ¡Turpin no tiene perro alguno, maldito sea! ¡Solamente el mío, el mejor de todos, el que me robó a mí!

—Pues lo ha dominado como si fuera suyo de años, señor.

—¿Qué... qué queréis decir? —balbució el aristócrata, perplejo.

—Ese perro, ese demonio o lo que sea, obedece ciegamente a Turpin. Asesina en su nombre, como he sido testigo yo de ello, creedme.

—¿Asesinar? «Lucifer» es un perro temible, es cierto. Pero no llega a tanto. Sólo si se le ordena expresamente, sería capaz de matar. Se limita a mostrar sus fauces, a asustar a la gente… pero no a atacarla, a menos que alguien le domine y le diga: «¡Mata!» Por tanto, eso es obra de Turpin, no de mi hermoso animal. Decidme, decidme, ¿dónde visteis a ese perro cometer tales crímenes?

—Venid conmigo, señor, y lo comprobaréis. Por supuesto, mejor traed gente de armas con nosotros. No me siento seguro en esa región, creedme.

Lord Dovversham vaciló sólo un instante, para terminar afirmando:

—Está bien. Iremos. Y con *mucha* gente armada… por si acaso. No me fío de vos. Ni de nadie, caballero Zekk.

* * *

—Atroz. No puedo creerlo. «Lucifer» es un perro temible, pero no haría eso, os lo juro.

—¿Y si se lo ordenan, si alguien le azuza, señor? —indagó Zekk, observando muy de cerca al aristócrata, lívido e impresionado como todos sus hombres y los gendarmes de escolta, dirigidos por sir Robert Walpole, el noble político londinense, de visita en Norfolk.

—Entonces, sí —afirmó secamente lord Doversham.

—Dudo que Dick Turpin hiciera algo así —manifestó con frialdad Walpole, sacudiendo la cabeza—. No es hombre de ideas sanguinarias, por muy bandolero que sea.

—¿Cómo? ¿Es que también vos estáis de su parte, sir Robert? —se escandalizó el noble.

—No es eso, lord Doversham. Es que Turpin nunca llevaría perros consigo. Y menos aún les ordenaría matar. Si desea acabar con alguien, acostumbra a hacerlo él mismo.

—Eso parece cierto —convino Zekk—. Después de todo, pensé que fuese Turpin el amo del perro, pero bien mirado… parecía más fornido, más moreno y duro de expresión, más rudo…

Estaba describiendo a Sarko. Pero con su apariencia normal, por

si el golpe a ciegas daba resultado entre aquella gente, y alguien identificaba al hombre mencionado. Era esperar demasiado, si bien Sarko sí sería capaz de dirigir a «Lucifer» ordenándole matar...

Fracasó. Se miraron todos entre sí, con gesto indeciso. Un palafranero declaró:

—Esa descripción puede cuadrar con cualquiera, señor. Hay mucha gente así por esta región.

—Describidlo mejor, de todos —pidió un guarda armado de lord Dovershaam.

Zekk lo hizo minuciosamente, siempre ateniéndose al físico real de Sarko. El otro meneó la cabeza, dubitativo.

—No, no recuerdo a nadie con esas señas particulares —suspiró —. Pero no es Dick Turpin.

—Ciertamente, no lo es —confirmó el jefe de los gendarmes, algo defraudado.

—También vi, desde mi escondite..., que ese hombre llevaba consigo a una mujer.

—¿Una mujer? —Sir Robert abrió mucho los ojos—, ¿Qué clase de mujer?

—Rubia, hermosa, delicada... Parecía cautiva de él, Contemplaba todo con terror, sin poder evitarlo. Ni escapar tampoco, señor... —y esperó, anhelante, tras describir a Aloya.

—Una prisionera... —Lord Dovershaam frunció el ceño—. No, eso tampoco es cosa de Turpin, seguro. Quizá tengamos en la vecindad a un monstruo humano... Bien, señor Zekk. Buscaremos a ese individuo dando una buena batida en la que, tal vez, también pueda caer Turpin. ¿Vais a ayudarnos vos?

—Por supuesto. Y con toda mi alma —asintió Zekk, siendo esta vez totalmente sincero.

* * *

—De modo que no creéis que sea lord Dovershaam el que controla a «Lucifer» ahora —manifestó Tomás King, pensativo.

—No. Estoy seguro de ello.

—Ni tampoco que el perro obre por propia cuenta —señaló Turpin.

—Tampoco, Dick —suspiró Zekk—. Es obra de alguien a quien busco. Un criminal nato, que disfruta con el asesinato y el odio. Debe azuzar al animal contra los demás. Me pregunto dónde estará oculto. Posee fuerza suficiente para dominar a un perro, por fiero que sea, y someterlo a su autoridad.

—¿Dijisteis que no viaja solo? —indagó Moscarda.

—Eso dije —sostuvo Zekk, mientras los bandidos se instalaban en su nuevo refugio, aquella cueva situada en una margen del río, bajo el boscaje, tras abandonar la abadía, donde en vano les buscarían gendarmes y hombres de lord Dovershan—. Lleva consigo a una mujer.

—¿Una mujer? —se sorprendió Turpin, girando la cabeza—. ¿Una cómplice?

—No. Una cautiva. Eso, si no la asesinó también con anterioridad...

—¿Cómo es ella? —se interesó Dick, enarcando las cejas.

—Posee dorados cabellos, ojos verdes, pálida tez, esbelta figura... Es joven y hermosa.

—Joven, hermosa, ojos verdes, dorados cabellos... repitió Dick, abstraído.

—¿Es... vuestra enamorada acaso? —sonrió levemente King.

—Sí —Zekk se volvió a mirar al lugarteniente de Turpin—. Lo es, Tomás...

—Esperad —dijo Dick Turpin súbitamente, con gesto tenso—. Ese hombre a quien buscáis... ¿sería capaz de tener sometida a vuestra amada? Me refiero si podría... dominarla a voluntad, como quien domina a un niño. En suma, tenerla como en trance...

—¡Sí! —los ojos de Zekk centellearon, fijos en el bandolero—. Posee poder hipnótico, aunque ignoraba que vos conocierais eso en esta época y...

Se detuvo a tiempo, sin añadir más. Zekk sabía que la hipnosis raramente sería conocida en el siglo XVIII. Turpin le miró de un modo raro y esbozó una sonrisa también extraña, antes de manifestar

lentamente:

—Amigo mío, conocí una vez a alguien que poseía esa maligna influencia sobre los demás. Acaso me dé tiempo de contároslo un día. Pero ahora, sabed que conozco a *alguien* que tiene bajo su poder hipnótico, como vos decís, a una hermosa criatura rubia, delicada, de verdes ojos…

La excitación hizo presa en Zekk, que se aproximó rápido al bandido, apremiándole:

—¡Rápido, por el amor de Dios, Dick! ¿Dónde está ese hombre, quién es él…?

Turpin le miró muy fijo. Y habló lentamente:

—Me temo que sea… Chambers, el posadero. En el mesón hay una joven de esas señas…, que dicen está muy enferma, sin volver nunca en sí, acostada en un aposento superior…

Zekk no dudó. Rápidamente, se precipitó hacia el exterior, resuelto a todo, sin que Dick Turpin pudiera evitarlo.

El bandido miró a sus hombres y habló con énfasis, tomando su pistola:

—Vamos. Hay que ayudar a ese hombre. Me temo que puede cometer algún error…

* * *

Sir Robert Walpole se había retirado ya a descansar. Muy de mañana, reanudaría viaje en su carruaje privado, con destino al norte de Inglaterra.

Chambers cerró el mesón cuidadosamente, atrancando puertas y ventanas encristaladas, para evitar el fácil asalto de los ladrones, en aquella época de pillaje y miseria.

Las luces, paulatinamente, fueron cesando en la hostería del camino real. Afuera, en la campiña, la oscuridad era ya muy intensa, mientras la búsqueda de Dick Turpin y su cuadrilla sólo daba por resultado el regreso cansino de hombres y mastines, sin resultado práctico alguno.

Zekk se dijo que las cosas pronto serían favorables a sus propósitos. Y seguía preguntándose cómo sería posible que el supuesto Chambers —si Aloya estaba allí, el verdadero Chambers acaso estaría

muerto o cautivo, suplantado por Sarko, el asesino—, además de tener sometida a hipnosis a Aloya, pudiera ocultar allí o en las cercanías a un animal como «Lucifer», sin que éste escandalizase, aullando o ladrando.

—Hipnosis —se dijo Zekk a sí mismo, agazapado a la espera, frente a la hostería del camino, mezclado entre matorrales y arbustos—. Eso ha sido, sin duda. También logró hipnotizar al animal, dominándole cuanto quiere... Esa tiene que ser la explicación.

Cuando hubieron transcurrido cosa de un par de horas, ya cerrada la noche y completamente a oscuras la posada, Zekk se movió sigilosamente hacia la casa. Rodeó la fachada de ésta, con su entramado de vigas de madera en torno a las ventanas de vidrios emplomados, y alcanzó la tapia del patio trasero, dedicado a cochera y establo. Aquél era el camino ideal para entrar en la casa en sombras.

Y así lo utilizó con silenciosa, sorprendente agilidad de felino. Cayó al otro lado, y tras pisar suavemente el suelo, maloliente, donde se mezclaba el fango con los excrementos de caballo y los desperdicios, Zekk avanzó resueltamente hacia el portón de tablas que conducía, sin duda alguna, a las dependencias de la hostería y, por tanto, también a sus alojamientos del piso alto.

Tuvo que ocultarse, rápido, cuando un gendarme asomó por ese portón, silbando entre dientes una tonada, distraídamente. Un mosquete iba entre sus manos. Era uno de los guardianes armados de sir Robert Walpole.

Zekk le dejó pasar para, sigilosamente, introducirse luego en la casa. Llevaba consigo simplemente lo más imprescindible. Sus ropas eran las de cualquier ciudadano inglés de aquel año de gracia de 1768. Pero entre ellas, portaba un arma, una sola: la que sería capaz de neutralizar cualquier intento agresivo de Sarko, su enemigo mortal. Un arma que en el siglo XVIII no podía ser ni imaginada... Turpin, al verla en sus manos, había mostrado cierta curiosidad, pero no hizo comentario alguno, y su mirada inteligente y profunda, al fijarse en Zekk, había convencido a éste de que el noble bandido sabía o sospechaba, cuando menos, cuál era el origen real del «extranjero»...

Zekk cruzó el silencioso, oscuro comedor, la cantina, con su vacío mostrador, sus mesas y escabeles... Dejó atrás el hogar, donde aún humeaban unos leves rescoldos, y alcanzó la doble escalera, mirando a ambos lados. La ancha conducía a los alojamientos de los huéspedes. La más estrecha, a las dependencias personales de Chambers, el posadero.

Tomó esta última. Y alcanzó el piso alto, tras unos leves crujidos de la madera reseca y vieja. Por fortuna, eran muchos los crujidos repentinos en la noche, a causa de tanto mobiliario de madera, y quizá nadie sospecharía nada. En realidad, a todo el mundo en el condado le preocupaban ahora dos enemigos: Turpin y «Lucifer». No esperaban a nadie, ¿aventurándose dentro de la posada.

A Zekk le preocupaba «Lucifer». Pero sólo por la mente criminal que dirigía ahora sus acciones. Encontrado Sarko, Aloya podría ser liberada y regresar con él a su momento en el Tiempo. Encontrado Sarko, «Lucifer» sólo volvería a ser un perro fiero y difícil, pero nada más.

Chambers dormía, cuando menos. Pudo descubrirle en su lecho de vieja madera, a través de la rendija de la puerta. La claridad de un farol del exterior, se filtraba por la ventana, dando sobre su rostro. Respiraba hondo, profundamente dormido al parecer. Zekk pestañeó, preguntándose si, realmente, sería Sarko aquel hombre, o estaría él en un grave error. Las radiaciones magnéticas nada aclaraban. Eran intensas, pero no señalaban su procedencia matemática, ni tampoco su distancia precisa. Podía ser Chambers... o cualquier otro que durmiera allí cerca. Incluso el gendarme de abajo..., o sir Robert Walpole en persona.

Zekk dudó. No despertaría a Chambers. No aún. Tenía que buscar a la dama. A la rubia y supuesta enferma que podía ser Aloya... o constituir otra decepción para él.

Dio unos pasos más. Otra puerta, ésta cerrada, se mostró ante él. Zekk avanzó decidido. Puso la mano en el pomo. Lo giró lentamente...

Notó que sus dedos temblaban, por vez primera en mucho tiempo. Una rara emoción le embargaba. Aquello podía significar que, realmente, Aloya estaba cerca, y su instinto la presentía. O ser todo un simple error. Uno más, en todo caso.

Zekk estaba entreabriendo la puerta. Asomó, cauteloso. Miró al interior del recinto. Y pestañeó, en el paroxismo de su emoción interna, mal controlada.

La misma claridad que iluminaba a Chambers, el posadero, en la estancia vecina, hacía brillar con matices de oro puro una cabellera suave, sedosa, extendida sobre una almohada...

Aquel color, aquella suavidad... correspondía, ciertamente, a la imagen que Zekk tenía siempre en su mente. Podía ser Aloya...

Avanzó. Un paso, otro, otro más… Cada vez más próximo a ella, a su lecho de dosel de recia madera…

Zekk apretó los labios. No desviaba sus ojos de ella. Cuanto más vislumbraba sus facciones suaves, delicadas, pálidas…, más estaba en la seguridad de que, al fin, había dado con Aloya.

Y, por tanto, con Sarko, el gran enemigo…

Se inclinó. La luz iluminó de lleno la faz femenina, al moverse ella débilmente, como en un sueño inquieto, acaso bajo el influjo de la mirada misma de Zekk…

—Dios mío… —jadeó Zekk—. ¡Aloya! *¡Eres tú…!*

Nuevamente se agitó ella. Zekk, tembloroso, rozó con sus dedos aquella melena dorada y suave, aquellas mejillas amadas, que huyeron de él a través del Tiempo, por culpa de un canalla sin conciencia…

Trató de dominarse. Lo logró dificultosamente. Puso su mirada fijamente en ella. Trató de vencer la barrera hipnótica provocada por la influencia nefasta y poderosa de Sarko en la mente de la muchacha cautiva. Concentró para ello su propia mente en el empeño, al tiempo que no podía impedir un movimiento impulsivo suyo, que culminó con el roce de sus labios en los de Aloya…

Fue como en los viejos cuentos de hadas. Aloya despertó.

Zekk se echó atrás, sobresaltado, al ver abrirse sus ojos. Las verdes, hermosas, inconfundibles pupilas de una mujer que, como él, pertenecía a un remoto futuro del mundo, se clavaron en él. Coincidían ambos, contra su mutua voluntad, en un lugar del Tiempo que les era ajeno. Pero aun así, Aloya le reconoció.

—Zekk… —susurró—. ¡Zekk! *¡Tú…!*

—Aloya… —susurró Zekk, estremecido al advertir que era reconocido por la muchacha—. Oh, Dios sea loado. Al fin te encontré…

Aloya tendió hacia él unos débiles brazos temblorosos. Zekk tomó sus manos frías, estremecidas. Quiso envolverla en un abrazo, atraerla hacia sí…

—Cuidado… —musitó Aloya—. Cuidado… con él. Con Sarko…

—Lo sé —afirmó Zekk—. Es…, es Chambers, ¿verdad?

—*Fue* Chambers durante unos días —rectificó ella, angustiada— Ahora..., ahora ya no...

—¿Quieres decir que..., que ha cambiado de identidad? —jadeó Zekk.

—Sí, sí. Ha cambiado... Cuidado, Zekk... Es..., es horrible... Me tiene dominada. No puedo escapar a su influjo. Es algo... inmaterial y terrible... Ten cuidado o te matará...

—Pero ¿quién, Aloya? ¿*Quién* es Sarko ahora? —apremió él, vivamente.

Ella iba a responder, cuando algo sucedió a espaldas de Zekk que provocó en éste un hondo escalofrío.

En el corredor de la casa, repentinamente, sonó un ruido de pasos a la carrera, procedentes de la escalera. Pasos rápidos, pasos extraños... veloces, acolchados, roces siniestros de pisadas feroces.

Y un aullido. Un aullido pavoroso, que helaba la sangre en las venas.

El aullido de muerte de un mastín implacable y cruel.

—¡«Lucifer»! —rugió Zekk, revolviéndose angustiado, hacia la puerta, y situándose entre ésta y Aloya, protector.

El negro, centelleante animal, emergió en la entrada. Ojos llameantes, fauces abiertas, colmillos como cuchillas en las que se quebraba la luz con destellos demoníacos...

—¡Sí! —sollozó Aloya—. ¡Es «Lucifer»! ¡El es Sarko...!

Zekk entendió. Pero demasiado tarde.

El mastín asesino saltó sobre él. Con toda la ferocidad de que era capaz Sarko, el criminal sin conciencia, convertido ahora en perro feroz y despiadado...

CAPITULO IV

Pudo apartarse justamente a tiempo, apelando a toda su agilidad endiablada, y arrastrando consigo, al mismo tiempo, a Aloya, que gritó angustiada.

El mastín cruzó la estancia como una siniestra flecha negra, peluda y rugiente. Sus babas fétidas y calientes salpicaron a Zekk de modo nauseabundo.

Rápido, el monstruoso animal se revolvió, con ojos como carbunclos, para lanzarse de nuevo hacia Zekk y Aloya, encogidos en un ángulo de la estancia, con ojos dilatados ambos. Zekk recordó fugazmente que era a Sarko a quien se enfrentaba, no a una bestia sanguinaria y enloquecida. Tras aquella naturaleza inquietante y cruel, se ocultaba un cerebro maligno, humano, astuto y sin clemencia.

Pero era un enemigo de su época, y como a tal lo trataría. Rápido, Zekk extrajo de entre sus ropas un cilindro metálico, de empuñadura curva. Lo alzó hacia el animal... y antes de que pudiera dispararlo, un zarpazo feroz, poderoso, del gigantesco animal, lanzó lejos de sus dedos el arma.

Se quedó encogido, inerme ante el peligro. Vencido...

Aloya sollozó, comprendiendo que estaban perdidos.

Sarko era el triunfador en la lucha a muerte. Y él lo sabía.

Con un sordo gruñido de complacencia, que nada tenía de irracional, se quedó mirándoles, encogió el cuerpo, tensó sus músculos, para dispararlos súbitamente y caer sobre ellos, destrozándoles.

Era el fin. Y ahora, ni siquiera Zekk, detective en el Tiempo, podía evitarlo. Su única arma capaz de aniquilar a Sarko, estaba lejos de su alcance.

Sarko, convertido en un doberman asesino, saltó sobre ellos...

Aloya cerró los ojos. Zekk, sereno, la cubría, viendo venir a la Muerte.

* * *

El pistoletazo retumbó estruendosamente en el interior del mesón de carretera.

Un aullido feroz, agudo, estremecedor, brotó de las fauces abiertas de «Lucifer». El animal volteó en el aire, con un repentino manchón escarlata extendiéndose sobre su piel negro-azulada.

Rodó por el suelo, ante la mirada incrédula de Zekk. Giró éste la cabeza, sorprendido, en busca de la causa de aquel milagroso hecho.

—¡Dick Turpin! —exclamó, atónito.

El bandido del negro antifaz y la casaca roja, sonreía en el umbral, pistola en mano. El arma humeaba, tras el certero disparo. El animal, en el suelo, aullaba lastimosamente, en la agonía.

—Cielos, no es posible... —susurró Aloya, abriendo sus ojos—. Sarko no puede ser muerto por personas de otra época...

—Sarko quizá no —convino Zekk—. Pero sí la envoltura que adopte dentro de esa época.

Y contempló, fascinado, la agonía del negro perro. Turpin les miró, moviéndose hacia el interior de la estancia. Abajo, sonaban voces y carreras.

—Debo irme, Zekk —dijo, escueto—. Os seguí porque imaginaba que podíais correr peligro. Ese animal iba a mataros, no hay duda. ¿Es ésa la mujer que buscabais?

—Sí, Turpin. ¿Cómo agradeceros...?

—Olvidadlo —sonrió el bandido. Hizo una reverencia a Aloya—. Decid que vos matasteis al animal cuando os atacó. No es saludable decir que se es amigo de Dick Turpin.

—Si pudiera explicaros...

—No lo hagáis —cortó Dick brevemente, acercándose a la ventana del dormitorio para huir antes de que gendarmes y huéspedes le sorprendieran allí—. Hay algo raro en vos, lo sé. Las palabras de vuestra dama me lo confirmaron. Venís de algún sitio prohibido para nosotros. Dejad que siga ignorando de dónde... Eh, cuidado... ¿Qué significa...?

Zekk siguió la mirada de Turpin. Observó que el doberman moribundo se agitaba en un baño de sangre..., pero al mismo tiempo se diluía en un oscuro nubarrón informe, como si estuviera disolviéndose el humo.

—¡Sarko! —rugió—. ¡No escaparás!

Zekk cometió un nuevo error, pero entonces no pudo preverlo así. Se precipitó hacia su arma, caída lejos de él. En ese fugaz instante, la nube negra flotó, desplazándose rápida. Aloya gritó con terror.

La nube cayó sobre ella. Turpin, pálido pero sereno, dominando su estupor ante lo que parecía magia infernal, corrió temerariamente hacia el humo del infierno. Zekk aulló, al girar la mirada y advertir lo que sucedía.

—¡No! —chilló, alcanzando el arma—. ¡No entréis ahí, Dick! ¡Sería funesto para vos!

Turpin se detuvo. Zekk alzó el arma plateada, buscando aquel humo…

No llegó a disparar el rayo mortífero. La nube se disolvía en la nada… ¡y con ella, desaparecía también Aloya!

—Dios mío, ¿con qué poderes terribles os enfrentáis, amigo mío? —se quejó Dick.

Zekk, lívido, buscó como desesperado, manoteando en el aire. Chambers y sir Robert aparecían ya en la puerta, despavoridos. No entendían nada, y Turpin parecía hacerlo con dificultad.

Pero del mastín, de Aloya y de la negra nube fantástica, no quedaba ya nada en absoluto dentro de la estancia. Sólo Zekk, manoteando como un loco, en busca de algo que ya no existía…

—Dios mío, qué estúpido he sido… —jadeó Zekk, mortalmente pálido. Aferró a Dick por la casaca, desesperado—. ¿Os dais cuenta, amigo mío? Vos no podéis entenderlo, pero los perdí… ¡Los perdí de nuevo por un estúpido error mío, al pensar que Sarko moriría junto con el aspecto físico del mastín! ¡No recordé siquiera que, en tanto existiera un soplo de vida en él, podía transmutarse nuevamente, convertirse en algo como humo, para desaparecer luego, arrebatándome también a Aloya, hacia un mundo sin dimensiones ni formas, en el que viajará hacia otras épocas! No, no podéis concebir semejante cosa hoy en día, Dick, pero…

—Pero creo entenderos —suspiró el bandido, a quien sir Robert y Chambers estudiaban curiosamente—. ¿Vais también vos en pos de ellos?

—Sí. En cuanto recupere la caja que me guardáis, Dick…

—Tomadla —sonrió Turpin, extrayendo la caja aluminizada de entre sus ropas—. La traje conmigo por si os era necesaria. Suerte,

Zekk. A vos no puede alcanzaros la justicia de Jorge II de Inglaterra, ni aun siendo amigo mío.

—De modo que…, que entendéis… —susurró Zekk, aturdido.

—Creo que sí —asintió el bandido con la cabeza. Miró al posadero y a sir Robert Walpole—. Caballeros, debo irme antes de que me prenda la justicia. En cuanto a mi amigo, no os preocupéis por él. Para su… magia, o lo que sea esa rara ciencia que él maneja, todo esto no es sino algo transitorio, accidental…

—Vos lo dijisteis, Turpin —sonrió Zekk tristemente—. Debo ir sin pérdida de tiempo en busca de Sarko y de Aloya. Adiós, amigo mío. Y gracias por todo.

Se estrecharon la mano. Se abrazaron un instante ambos hombres. Su mirada fue más expresiva que todas las palabras. Luego, Dick Turpin se puso a horcajadas sobre la ventana, pistola en mano. Nadie intentó interceptar su fuga.

Zekk, por su parte, movió los resortes de su sistema de traslación en el Tiempo. Hubo como una oscilación de sus moléculas, ante los ojos atónitos de los testigos de la escena.

Un momento después, sólo quedaban en la habitación de la posada Chambers y sir Robert.

Dick Turpin huía hacia su caballo, para escapar, una vez más, a sus perseguidores en la Inglaterra de los Hannover.

Zekk, evaporado de súbito, como diluido en el aire, estaba ya en viaje a través del Tiempo.

Hacia otra época. Siempre en busca de Sarko. Y de Aloya.

Esta vez, dispuesto a no fracasar de nuevo. Dispuesto a vencer, definitivamente, al asesino del futuro.

Tercera Parte

EL DIA DE LA CIBERNETICA

CAPITULO PRIMERO

—¿Se ha comprobado eso?

—Desgraciadamente, sí.

—Cielos... No es posible, Doug.

—Es lo mismo que dije yo. No era posible. Pero todo parece confirmarlo. No hay ya duda alguna sobre lo ocurrido.

—De modo que no fue accidente...

—No, no fue accidente.

—Dios mío... —Farley Kane sacudió la cabeza, poniéndose en pie. Se apartó del tablero de control de la gran computadora. Miró fijamente a su interlocutor—. Doug, eso no tiene sentido. Esta es zona de máxima seguridad. ¿Cómo pudo..., cómo pudo haber un..., *un asesinato*?

—No lo sé, Farley —Douglas Scott se encogió de hombros—. El profesor Hamilton Daves se pregunta lo mismo que tú. Aquí, un asesinato resulta teóricamente imposible.

—Pero se ha cometido.

—Sí. Se ha cometido. Eso es lo terrible.

—De modo que la teoría cae hecha pedazos, una vez más —Farley se encogió de hombros, con gesto fatalista—. ¿Qué dirá ahora Seguridad Nacional, Doug?

—Aún no puede saberse. Han sido informados sin pérdida de tiempo. Falta conocer su reacción.

—Aquí solamente estamos el personal de servicio, controlado y confirmado minuciosamente en todas sus entradas y salidas —señaló Farley, frotándose el mentón—. Tarjetas de control, fichas de identificación, ojos electrónicos, guardia especial... La Base es inviolable. Sólo los que trabajamos aquí, escogidos uno por uno, tras largos expedientes y referencias, podemos entrar y salir del recinto. De modo que, según eso..., *sólo uno de nosotros mismos* pudo matar a Roger Foreman.

—Sí, pero... es absurdo.

—Absurdo. Pero ha ocurrido. De modo que explícame algo más plausible, Doug.

—No sé. Hay quien dice que tal vez un espía…, un enemigo…

—¿Un espía infiltrado aquí? ¿Un extranjero? ¿Un agente traidor a su patria? —Farley meneó la cabeza, perplejo—. Cielos, Doug, eso aún tiene menos sentido. Para ello sería preciso que uno de nosotros fuese el traidor. No caben suplantaciones. Recuerda que la tarjeta, al ser entregada en el primer control, se compara con los datos del visor electrónico de entrada. Si alguien suplantara a uno de nosotros, algo le fallaría: su estatura, su físico, sus huellas dactilares, su esqueleto. Cualquier cosa diferente a la del auténtico miembro de la Base, sería detectada en el acto, y la persona no sólo no sería admitida en la zona, sino que pasaría a ser arrestada en el acto. Ahora, explícame cómo puede suponerse siquiera esa peregrina idea del espía infiltrado aquí.

—Díselo al coronel Kingsby —suspiró Douglas Scott, hundiendo las manos en los bolsillos de su bata color verde manzana, con el distintivo numerado en clave, de su puesto y cargo dentro de la Base —. Es él quien tuvo tan peregrina teoría.

—Lo imaginaba. Los militares siempre ven fantasmas en torno. Creerá que la muerte de Foreman nos pone al borde de la guerra mundial, o poco menos.

—En realidad, Farley, no le faltaría razón para pensar así —objetó Doug—. Recuerda el cargo y la misión de Foreman: estudio de las nuevas células asesinas…

—Oh, sí —Farley entornó los ojos, con un leve estremecimiento de inquietud—. Constance me habló de eso ayer… Las malditas células artificiales, capaces de provocar el caos mundial, en manos de un loco o de un criminal. Es un arma demasiado terrible para que país alguno pensara en utilizarla, Doug.

—Tú lo has dicho: lo mejor sería destruirlas antes de que un criminal o un demente tuviera acceso a ellas y las propagara por el mundo.

—Pero el Gobierno no piensa igual —suspiró Farley—. Ni el Pentágono tampoco. Hemos de almacenar grandes armas, para asustar a los posibles enemigos, las grandes potencias restantes que, a su vez, también montan enormes *stocks* de medios letales de lucha, en justa reciprocidad. En suma: entre todos, un día cualquiera haremos volar este pobre mundo en mil pedazos.

—Eres demasiado pesimista —sonrió tristemente Douglas Scott, sacudiendo la cabeza, pelirroja y de rebeldes cabellos—. ¿No crees que tu espíritu no es el adecuado para un hombre a quien sólo faltan

cuarenta y ocho horas para casarse?

—Constance pensaría igual que tú —rió sordamente Farley, contemplándose a sí mismo en el reflejo de una de las pantallas de televisión de las computadoras, apagada en ese momento. Observó que se había quedado muy pálido, a raíz de conocer lo sucedido a su compañero de trabajo Roger Foreman, responsable de las nefastas «células de la muerte», como se las conocía en toda la Base Zoom del Servicio Estratégico de los Estados Unidos. Su palidez resaltaba más aún a causa del oscuro tono de sus cabellos y ojos—. Sin embargo, creo que el hecho de que ella y yo seamos marido y mujer dentro de dos días, no significa que el mundo vaya a resolver sus males.

—A veces me resultas excesivamente realista, Farley. Quizá sea porque un ingeniero electrónico y una muchacha especializada en Biología, difícilmente pueden desligarse de la convicción íntima de que nuestra sociedad actual es una mezcla híbrida de Cibernética y materialismo, pero hay que considerar la cuestión afectiva al margen de la puramente profesional y científica, ¿no crees?

—Estoy empezando a cansarme de tu parloteo, Doug —Farley le dio una afectuosa palmada en el hombro—. Pero has mencionado lo puramente profesional, y eso me recuerda que en estas horas me debo estrictamente a mi profesión, y no a perder el tiempo charlando con los amigos. De modo que déjame a solas con mi terrible monstruo cibernético, para continuar el trabajo, ¿qué te parece?

—Está bien. Que disfrutes de la compañía de tu hermosa computadora —miró a la gran pieza cibernética que ocupaba toda la habitación, prácticamente, en aquel círculo de vidrieras, de paneles azules, de suelo acolchado, igualmente azul, y aséptica, cruda luz lechosa, envolviéndolo todo. Era el corazón, el punto neurálgico de toda la Base: la gran computadora Super-Alfa. Una maravilla de la electrónica. Sólo le faltaba pensar por sí misma, como decía habitualmente Farley Kane, con ironía. Doug fue hacia la salida, agitando un brazo cordialmente—. ¿Nos veremos luego en la cantina?

—Seguro —asintió Farley—. Tengo turno de noche. Cenaré allí. Entre siete y ocho.

—Nos veremos, entonces. ¿Y Constance?

—Por rara casualidad, también ella tiene turno de noche hoy —suspiró Farley—. Nos están llenando de trabajo..., sin duda para resarcirse de nuestra inmediata ausencia de un mes, en viaje de bodas.

—Ah, no me pongas los dientes largos, truhán —se quejó

risueñamente Douglas Scott, saliendo definitivamente de la estancia de Cibernética, donde Farley Kane regía, como un auténtico emperador de los cerebros electrónicos, todo el funcionamiento de la Base.

Kane, una vez solo, sacudió la cabeza, con una sonrisa divertida, que pronto se borró, acaso porque su mente recordó la extraña muerte de Roger Foreman, jefe de sección en el Departamento de Superarmas Estratégicas, del SAC (1[6]).

Más grave, más taciturno, se acomodó ante los complejos tableros de Super-Alfa, la gran computadora, maravilla del ingenio electrónico del siglo XX, en sus últimas décadas. Farley Kane comenzó a mover sus dedos sobre aquellos mandos, como un gran virtuoso del piano sobre su instrumento, en pleno concierto como solista. La sinfonía de sonidos electrónicos, millares de cifras y cálculos impresionantes, que desfilaban en operaciones matemáticas constantes, sobre las pantallas del cerebro cibernético, se extendió por la sala. La «memoria» de Super-Alfa siguió almacenando datos a velocidad inconcebible. Aquel mecanismo portentoso, médula y corazón de la Base Zoom, continuaba su tarea, imperturbable a cualquier alteración psíquica producida en torno, ajeno a las emociones humanas de sus manipuladores.

Para Super-Alfa, todo continuaba siendo normal en la Base.

Pero los hombres especializados, los privilegiados aceptados por el riguroso medio selectivo del Gobierno para cubrir los puestos clave en sus bases estratégicas mundiales, sabían que algo andaba mal en el interior de la Base.

Algo oscuro había empezado allí dentro, con una muerte que, en principio, pareció puro accidente. Y que había resultado ser… un asesinato.

* * *

—Un asesinato…

—Sí, señor.

—Había oído hablar de ello. ¿Cómo se ha llegado a esa conclusión, profesor Daves?

Hamilton Daves estudió en silencio, durante unos momentos, al coronel

Clark Kingsby, del Pentágono. Luego, se expresó con lentitud, como eligiendo cuidadosamente sus palabras:

—Los datos parecían señalar inicialmente un hecho casual, accidental, sin más trascendencia posterior. Sin embargo, sucedió algo posteriormente, que cambió todo el panorama de los hechos.

—¿Qué fue ello, profesor?

—Los datos proporcionados por Super-Alfa.

—Super-Alfa... Entiendo. La gran computadora.

—Sí. La obra maestra del hombre en el terreno cibernético. Le dimos el programa íntegro de los hechos. Su respuesta fue concreta, coronel: *asesinato*.

—Ya —el militar de canosos cabellos se inclinó sobre la mesa. La luz cruda, vertical, hizo centellear sus insignias y sus ojos—. ¿No cabe el error?

—¿En Super-Alfa? —el tono del profesor Daves era expresivo—. Cielos, señor. Ofrece un máximo del 0'000000000012 de posible error, sobre un millón. En suma, algo prácticamente insignificante. Error nulo, diría yo. Y también lo dicen los técnicos en electrónica, señor.

—Entiendo... —el militar se echó atrás, estudiando pensativo la faz rubicunda de Hamilton Daves, científico de la Base. Luego, pareció particularmente abstraído en el reflejo de las luces sobre el óvalo rapado de su cráneo—. En suma: el accidente no fue tal.

—No, no lo fue, señor.

—¿Por qué? ¿Qué dice a eso la computadora? No basta dar un resultado. Hay que razonarlo, profesor.

—La computadora Super-Alfa razona demasiado bien, incluso —suspiró el científico—. Es cierto que Roger Foreman parecía víctima de un accidente trivial. Un hecho casual, que puede sucedemos a cualquiera: un error de cálculo en el precintado de un arma letal, que no es precisamente, y a Dios gracias, las terribles «células de la muerte», sino la vulgar «Luz Púrpura», o «Radiación Luminosa», obra de un científico soviético evadido a la zona occidental, precisamente. Es un arma inútil en la guerra, pese a lo que diga el Pentágono, señor, pero...

—Ahórrese comentarios políticos o técnicos, profesor —atajó fríamente el coronel—. Limítese a narrar los hechos, se lo ruego.

—Sí, señor —Hamilton Daves apretó los labios, cambiando de tono—. Lo cierto es que esa luz mortífera escapó débilmente de sus precintos. Alcanzó a Foreman. Y le mató.

—Sé todo eso. Pero... ¿por qué no fue un accidente?

—Porque alguien provocó la fractura de un precinto. El preciso, exactamente, para que la radiación luminosa alcanzara a Foreman en el cerebro, causándole la muerte por parálisis instantánea. Pudo ser accidental, como todos creímos. Sólo que... no lo era. Las huellas, los indicios, computados en datos precisos y fríos, fueron suministrados a Super-Alfa.

—¿Y la respuesta...?

—Es ésta, señor —el profesor tendió al coronel Kingsby una placa plastificada, en código.

El militar se limitó a tomarla, introduciéndola en una rendija. Parpadearon unas luces en un tablero. Luego, la máquina vomitó otra tarjeta, con el código traducido en letras rojas y fluorescentes. Las leyó el militar:

«ASESINATO»

Debajo, en signos menores, se detallaba:

«Fue manipulado el precinto A-7. Se intentó disimular. Se ocultaron indicios. Todo es premeditado. Provocado. Puedo ampliar detalles en la clave F-1.008.»

—Ampliar detalles... —suspiró el coronel, hosco. Hizo un gesto abrupto—. Estas computadoras... A veces me recuerdan a funcionarios de Washington, malditas sean. Siempre pueden ampliar detalles, si uno insiste. Está bien, profesor. Luego examinaré los detalles. Me basta el informe previo. Fue asesinato. Conforme con eso. Ahora, hablemos de lo demás: ¿ha dicho Super-Alfa quién es el asesino, y cómo darle caza?

—Super-Alfa no es Sherlock Holmes, coronel —bromeó secamente Daves—. Sólo es una máquina. La misión de averiguar quién mató a

Foreman y por qué, es cosa nuestra.

—Lo entiendo. Pero no va a resultar fácil.

—No. Nada fácil. Mi misión no es investigar crímenes, coronel. Sólo estudiar para el Gobierno. Supongo que sabrá usted qué hacer al respecto.

—Si he de serle sincero, no sé nada de nada —confesó el militar —. Uno siempre sabe qué hacer hasta en una alerta general. Pero no en un asesinato estúpido.

—¿Estúpido? Creo que Foreman no diría lo mismo, si pudiera opinar.

—No, claro. No lo dirá. Ni importa demasiado. Pero le mataron, y eso sí importa. Es una vida humana. Una vida perdida. Pero eso, con ser importante, no es lo peor.

—Creo entenderle. Teme que sea resultado de algo peor: un complot o la existencia de un traidor en la Base, por ejemplo.

—Por ejemplo —admitió, cruzando sus dedos sobre la mesa, pensativamente—. ¿Quién tendrá interés en manipular las armas letales almacenadas en la sección de experimentos, y matar a un simple funcionario de nuestra Base?

—He estado pensando en ello. Dudo que Mao o el Kremlin ganen mucho con ello, señor.

—Eso no tiene gracia, profesor —se irritó el militar—. Ya sé, ya sé que ustedes gustan de ser «palomas», y darle el papel de «halcones» a los militares, pero en el fondo todos somos, iguales. A fin de cuentas, ¿quiénes inventan las nuevas armas mortíferas? Los científicos. Un militar sólo tiene que ponerla en acción, eso es todo. No presuma de pacifista, Daves. Ni de convivencia pacífica. Trabaja para algo que es todo lo contrario, le guste o no.

—Yo no hablaba de eso. Soy un engranaje más en una máquina que, particularmente, me repugna, coronel. Lo importante ahora es... Roger Foreman. O su cadáver. Y su asesino, claro.

—Su asesino —el coronel golpeó la mesa con brusquedad—. Eso es, amigo mío: su asesino. ¿Quién? ¿Por qué? Las incógnitas siguen en pie. Puesto que las computadoras no son Sherlock Holmes, tratemos de serlo nosotros.

—Lo siento. Creo que como detective sería un fracaso total,

coronel.

—Es posible. Pero vigile. Estudie disimuladamente a todos sus compañeros. A *todos*, ¿ha entendido?

—Entiendo. Sigue pensando en un traidor, en un espía infiltrado...

—Es lo más lógico y coherente, amigo mío —sonrió el coronel—. Entre nosotros, salvo por alguna razón personal, ¿quién querría matar a un hombre como Foreman?

—Supongo que nadie, coronel. Pero bien mirado, la táctica puede ser un error.

—¿Un error? ¿Por qué?

—Imaginemos..., imaginemos por un momento, coronel, que ese asesino, ese traidor... soy yo. O usted. Perdone, señor, pero es sólo una suposición.

—No se preocupe. No me ofende —sonrió el coronel—. Aunque el culpable sea usted... o fuese yo... la orden viene de más arriba. En estos momentos, profesor, mientras usted vigila a alguien, o lo haga yo... somos, a nuestra vez, vigilados por otras personas. Es el único modo de llegar a algo positivo, esté seguro.

CAPITULO II

Constance Emery oprimió con fuerza las manos de Farley Kane. Ambos se miraron fijamente a los ojos.

—¿Qué estás pensando, Farley? —se interesó ella.

—No sé —se encogió de hombros Farley—. Pensaba en..., en Super-Alfa.

—Una máquina... ¿Debo sentirme celosa de ella?

—No seas tonta. Pensaba en la computadora, porque..., porque no me ha dado respuesta alguna.

—Respuesta..., ¿a qué?

—A una sola pregunta: ¿quién mató a Foreman y por qué?

—Eso no es una pregunta —rió ella suavemente—. Son dos, Farley.

—Bueno, en el fondo es una sola. Si sabemos por qué, sabremos quién. Y viceversa.

—Y la máquina permaneció muda.

—Poco menos. Su respuesta fue lacónica: «No me programaron para esa respuesta.»

Constance se echó a reír de buen grado, con una risa suave, amplia, luminosa casi. Sus cabellos rojo oscuros cayeron hacia atrás, igual que dos llamaradas a ambos lados del rostro ovalado, picaresco y hermoso a la vez.

—Farley, vives esclavo de tus máquinas, como yo de mis partículas biológicas —dijo, con sarcasmo—. Creo que nos excedemos. Ni la Biología tiene respuesta para el crimen, ni tampoco puede tenerla la Cibernética. Las máquinas son casi perfectas. *Casi*, Farley. Aún no las enseñaron a pensar.

—¿Crees que pensar es la perfección? —dudó Farley, irónico.

Rieron de nuevo. Ella se puso repentinamente seria, e inclinó la cabeza.

—Farley —dijo—. Pasado mañana estaremos casados. Y lejos de aquí, al menos por un mes. ¿Crees que debemos preocuparnos tanto por Foreman?

—Era un compañero. Casi un amigo. Eso siempre preocupa.

—Oh, claro. Pero él es solamente un cadáver ahora, Farley. Su crimen está siendo investigado. Ellos deben encontrar al culpable, no tú o yo.

—Constance, quizá no lo entiendas del todo, pero..., pero pensaba en algo más que en la muerte de Foreman.

—¿En qué, Farley?

—En el hecho mismo del asesinato. En la posibilidad de que..., de que quizá un día... otra persona pueda ser asesinada del mismo modo, dentro de la Base Zoom, de la SAC.

* * *

—Otra persona. Otra persona asesinada...

—Es la segunda en veinticuatro horas, coronel.

Furioso, Clark Kingsby se revolvió contra su interlocutor. Parecía realmente exasperado por el comentario.

—¡Profesor, es ridículo su comentario! —aulló—. ¡Sé perfectamente *cuántos* asesinatos ha habido en esta Base, en sólo un día!

—Perdone, señor. Era sólo un comentario, apenas una idea formulada en voz alta...

—Pues ahórreselas, profesor. No se preocupe por el número de víctimas. Lo terrible es que..., que hubo una nueva persona muerta violentamente, pese a todas las medidas de seguridad.

—Y de nuevo en la Sección de Armas Letales —susurró Daves fríamente.

El militar le dirigió una mirada asesina, sin hacer comentario alguno. Sonó uno de los numerosos teléfonos de la mesa, y lo descolgó con brusquedad.

—Sí, el coronel Kingsby, yo mismo —dijo—. Hable, pronto.

Escuchó. Respondió con monosílabos ásperos. Luego, colgó. Se

quedó mirando fijamente a Daves. Sus palabras sonaron igual que trallazos.

—Profesor, es terrible —confesó—. ¿Sabe lo que me dicen en Laboratorios?

—¿Cómo diablos puedo saberlo, coronel? —se irritó el sabio investigador.

—Perdone. Estaba meditando mientras hablaba... Lo cierto es que..., que Douglas Scott, el mejor amigo y colaborador de Farley Kane en la dirección electrónica de esta Base... fue asesinado cuando acababa de suplir al desdichado Foreman en su lugar de trabajo, junto a los *stocks* de armas letales en estudio.

—Scott... —jadeó Daves—. Pobre amigo Doug... Farley lo habrá sentido mucho, coronel. Pero ya sabíamos que Scott fue asesinado en ese instante. ¿Qué le hace repetirlo de ese modo?

—Lo que informaron de Laboratorios...

—¿Y ello fue...?

—Fue un informe sorprendente. Algo o alguien manipuló un premio especial de..., de las «células de muerte». Escaparon pocas. Las justas. Apenas un par de ellas o tres, que es todo lo que admite la atmósfera, para aniquilarlas en instantes, cuando la alarma suena y se proyectan contracuerpos hacia ellas. ¿Se da cuenta? *Sólo* dos o tres células mortales. Bastantes para matar a Scott... y ser destruidas después, sin peligro para los demás. No parece sino que alguien *muy* inteligente manipulara esto en la sombra, profesor...

* * *

—Alguien muy inteligente... —desolado, Farley Kane miró al profesor Hamilton Daves, con expresión aturdida—. ¿Eso te dijo el propio coronel Kingsby?

—Y con esas mismas palabras, Farley —admitió el científico, sombrío—. ¿Qué piensas al respecto?

—No..., no sé lo que pienso, amigo mío. Estoy destrozado. Pobre Doug... Hablamos de lo ocurrido a Foreman. Y no podíamos imaginar siquiera que, apenas le supliera él en su tarea..., fuese la segunda víctima.

—La Base está en permanente estado de alerta. La Base tiene miedo. La hipótesis de un espía, de un enemigo astuto y cruel,

emboscado entre nosotros, toma cuerpo cada vez con más fuerza. Sólo hace falta saber… *quién*. Y cómo entra en la sección de armas letales, sin ser advertido…, a menos que sea alguien de esa misma sección.

—¿Como por ejemplo…?

—Como por ejemplo…, yo —suspiró el profesor Daves—. O Constance, que tiene acceso a las armas puramente biológicas, Farley.

—¡Constance! —se horrorizó Kane, dilatando sus ojos—. Mi…, mi prometida… Ella nada puede tener que ver en ese asunto…

—¿Quién ha dicho tal cosa? Tampoco yo confesaré ser culpable…, justamente porque no lo soy. Pero de eso a admitir que nos crean inocentes, hay un abismo. Todos los que trabajamos, allí o en otra parte, somos sospechosos. Pero especialmente… los que estábamos cerca de las armas capaces de matar a las víctimas asesinadas, eso es obvio.

Farley Kane no dijo nada. Inclinó la cabeza.

—Parece obvio, sí —admitió al fin—. Pero no creo en esa teoría.

—¿En cuál, entonces?

—No sé… No es cosa mía pensar, deducir, acusar. Existe un servicio de Inteligencia en la Base Zoom, ¿no es cierto? —se quejó Farley Kane, casi exaltado.

—Cierto —sonrió el profesor Hamilton Daves—. Existe un servicio de Inteligencia. Y unos miembros especiales, que habitualmente nombran de modo directo desde Washington. Amigo Kane…, te presento al hombre encargado de ello en este momento. Acaba de llegar a la Base, y se ha hecho cargo del caso.

Se volvió, señalando a la puerta de la amplia sala circular de Cibernética. Mecánicamente, Farley cerró el funcionamiento zumbón de los circuitos electrónicos de la gran Super-Alfa. Miró al hombre alto, rubio, de azules ojos, que aparecía en la puerta, con el emblema especial de la Inteligencia de Seguridad SAC, de Washington, D. C.

Este se inclinó, cortés.

—Perdonen que me presente a mí mismo —dijo, escueto—. Me llamo Zekk. Agente especial de Seguridad Estratégica…

Y una suave sonrisa irónica curvó sus labios.

* * *

Zekk estudió los datos minuciosamente. Fotografías, análisis, informes electrónicos...

Retiró las placas, pensativo. Aquellos medios de información eran más adecuados a su mentalidad y a su modo habitual de vida. El siglo XX, lógicamente, andaba más próximo a la civilización a que pertenecía, aunque no fuese inmediato, ni mucho menos.

Roger Foreman y Douglas Scott. Víctimas de dos asesinatos extraños, en plena zona de *top secret*. Armas letales: un rayo paralizante del cerebro, y unas células aniquiladoras de la vida humana. Un arma química y otra biológica. Dos actos criminales, a finales de los años 70, en el siglo XX.

Eso no era todo. El había llegado a ese siglo. El había captado las radiaciones. Sarko estaba allí. Uno de los empleados de la Base, un funcionario de toda confianza, había sido sustituido por Sarko, el asesino. Los controles no importaban. Todos serían positivos para Sarko. Podía incluso suplantar unas simples huellas dactilares. O un esqueleto humano. Era mutante, multiforme. A placer. Había sido un faraón en Egipto, un perro cruel en la Inglaterra de Jorge II de Hannover. Ahora, podía ser cualquiera. Sólo que en Base Zoom no había faraones. Ni perros.

Su receptor acusaba vibraciones. Sarko estaba allí. No debía de estar solo. Pero quizá lo estaba. Llevaba aún a Aloya consigo. Sólo que Aloya podía estar en otro lugar, fuera de la Base, sometida a hipnosis de nuevo. Ella no era mutante. Como tampoco Zekk lo era. Eso correspondía a Sarko, que aceptó de muy joven la prueba biológica de las especies mutantes de laboratorio. Eso tenía a su favor ahora. Para Zekk, todo eso era algo como una barraca de feria. Pero para Sarko era mucho mejor: ser monstruo de feria le permitía eludir una y otra vez la persecución a través de las épocas, de los siglos, del Tiempo...

Zekk había tenido especiales dificultades en llegar hasta su objetivo básico. No era lo mismo que alcanzar Tebas, miles de años antes de Cristo, o una región de Norfolk, en la Inglaterra del siglo XXIII, cuando Dick Turpin era un caballeroso bandido en los caminos reales de Su Majestad Jorge II.

Esto era diferente: electrónica, controles, tarjetas de identidad, cerebros mecánicos, automatismo...

Pero era, en realidad, más semejante a lo que él conocía. A su propio mundo futuro. Mucho más futuro. Mucho más lejano hacia el

porvenir. Siglos después, cuando viajar en el Tiempo no fuese una utopía. Cuando las guerras y todo eso estuviera ya superado...

Zekk consiguió obtener una falsa tarjeta de identificación, una falsa identidad de agente al servicio de Washington, en aquel país amplio y peculiar, llamado los Estados Unidos de América, en la última generación del siglo XX.

Y ahora, estaba allí dentro. Había logrado interceptar mensajes hacia Washington, y devolver respuestas electrónicas que confirmaban su identidad. Eso no duraría mucho, y él lo sabía. Incluso era probable que, caso de descubrir la superchería, le acusaran de asesinato, espionaje, traición o algo parecido. Disponía, todo lo más, de veinticuatro horas de margen, si todo iba bien. En ese tiempo, confiaba en que su ficción diera resultados. Y que, finalmente, Sarko volviera a su prisión en el futuro. Y Aloya a sus brazos, para ser un día su esposa, cuando la orgullosa civilización de la electrónica, a fines del siglo XX, no fuese ya sino un recuerdo polvoriento, perdido en la noche de la Historia...

Un recuerdo que ahora, en estos momentos, era vida real, tangible, a su alcance. Eran gente, personas, problemas... y crímenes. Crímenes cometidos por un intruso: por Sarko, el criminal. Un maníaco del crimen. Allí no había traiciones, ni espionajes, ni nada semejante. Sólo la mente de un psicópata del futuro, que se complacía en matar, en destruir...

Pero ¿quién admitiría semejante explicación, ni siquiera en el siglo XX? No todo el mundo era tan astuto y sensible como Sesostis III. O como Dick Turpin. Quizá aquellos 5 científicos y técnicos que alardeaban de supercivilización, fuesen mucho menos sensibles a la verdad, mucho menos inteligentes...

Zekk había investigado. Había hablado con algunos de los miembros de la Base Zoom: con el joven e impetuoso Farley Kane, ingeniero electrónico, programador del cerebro electrónico Super-Alfa, la más perfecta obra cibernética del hombre. Con Constance Emery, su bella prometida, biólogo e investigadora en la Sección de Armas Letales. Con el profesor Hamilton Daves, con el coronel Kingsby, de Seguridad Militar... Cualquiera de ellos podía ser una mentira, una ficción con forma humana, en volviendo a la supermente de Sarko, el criminal. Pero no podía acusar a nadie. Ni a ellos, ni a otros miembros de la Base. No sabía quién era Sarko, dónde podía ocultarse ahora...

Pero estaba decidido a terminar con él. Como fuese. Dispuesto a devolverlo a su tiempo. Y si hacía algún daño a Aloya, no dudaría en

matarle. Eso le haría volver a su época como homicida, y pagar su culpa. No le importaría. Todo sería poco, para hacer justicia con la suerte de Aloya, si ésta era adversa.

El interrogatorio había terminado. No podían sospechar de él. Había sido minucioso, frío, concreto, decisivo. Por su propio interés. Porque le convenía llegar al fondo de la cuestión. Era difícil, sin embargo. Había allí ideas antagónicas. Los militares pensaban en potencias enemigas, en peligro de guerras con armas químicas o biológicas... Los científicos, con evitar las guerras creando armas así. Los técnicos, con sostener la paz, al margen de unos y de otros. Era un problema raro, especial. Zekk se sentía incómodo en la Base Zoom.

Pero había sido el nuevo lugar elegido por Sarko en su evasión a través del Tiempo. Y él no cejaría en la búsqueda. Esperaría hasta el fin. Hasta descubrir y sorprender al criminal evadido. Esta vez no habría errores. Ni debilidades. En cuanto estuviera frente a Sarko, actuaría. Sin piedad. Sin vacilaciones.

—¿Preocupado, señor Zekk?

Interrumpió sus reflexiones, casi sobresaltado. Se dominó como él sabía hacerlo. Giró la cabeza. Miró, sonriente, a Constance Emery. Era una bella joven, pelirroja y seductora. Pero además de todo eso, y de estar a punto de casarse con el joven y vigoroso Farley Kane..., era biólogo de carrera. Investigadora en la Base. Se hallaba adscrita a la Sección de Armamentos Biológicos.

—Un poco —admitió él con una sonrisa. El detective del Tiempo fingió reflexionar, antes de que continuara apaciblemente—: Señorita Emery, ¿cuándo es la boda?

—Exactamente..., mañana —suspiró ella, moviendo su pelirroja cabeza suavemente—. La verdad, señor Zekk. Aun antes de llegar usted de Washington, me temía que ese matrimonio se complique aún.

—¿Por qué motivo, señorita Emery?

—No sé... Todo esto que sucede. Los crímenes... Nunca sucedió nada así. No tiene sentido, a menos que sea un acto agresivo contra nosotros. Y en ese caso, el Pentágono actuará, usted lo sabe.

—Oh, claro que lo sé —sonrió Zekk, evasivo—. ¿Qué cree que proyecta el Pentágono?

—No me gustaría ser pesimista, pero... ¿Imagina usted lo que sucedería, si se confirma una acción agresiva exterior contra la Base

Zoom? Puede haber tensión internacional, peligro de guerra mundial...

—Guerra mundial... —reflexionó Zekk, ceñudo—. ¿A quién interesaría eso?

—Supongo que sólo a los locos. Sería la destrucción masiva de los pueblos.

—Los locos... —repitió Zekk, sorprendido—. Sí, por supuesto. Los locos... Sólo los locos obtienen, o creen obtener, un beneficio con el caos. Llevo tiempo persiguiendo a..., a un loco absoluto, integral... Es posible que eso explique muchas cosas.

—No le entiendo, señor Zekk.

—Oh, ni hace falta, señorita Emery —sonrió él, quitando importancia a sus palabras—. Eran simples divagaciones, créame... Me gustaría hablarle de todo ello con calma.

—Me temo no tener mucho tiempo. Voy a ultimar unos trabajos de laboratorio, antes de darme de baja por un mes... e intentar casarme, si el Mando no pone objeciones.

—Entiendo. ¿Trabajos importantes, realmente?

—Siempre es importante mi trabajo aquí.

—Sí, ya sé que era un arma biológica la que mató a Douglas Scott: las «células de la muerte». ¿Sigue trabajando en cosas así?

—No. Por fortuna, eso quedó atrás. Ahora trabajo en otras cuestiones. Desde que se ha descubierto el micro- transformador...

—¿Micro-transformador? —repitió Zekk, sorprendido—. No oí hablar de ello, según creo...

—Es posible. Se está investigando hace poco tiempo. Reducimos moléculas, hasta poder convertir a un cobaya en un ser del tamaño de una mosca, pongamos por caso. Y se les conserva en frascos, hasta que el macro- transformador les devuelve a su forma y tamaño primitivo, en una inversión del proceso biológico. Es lo último que se investiga aquí. Imaginé que lo sabría...

—En Washington se habla de armas, de espías, de seguridad..., pero rara vez de Biología —rió suavemente Zekk—. ¿Han experimentado ya con seres humanos?

—Cielos, no. Sería terrible reducir, sin razón alguna, a una

persona viviente al tamaño de un pequeño gatito, para luego amplificarla. Se llegará a ello, no lo dudo. Eso, lo dictará Super-Alfa.

—Super-Alfa… ¿La computadora también se ocupa de eso?

—Se ocupa de todo. Sus programas son casi perfectos. Cuando decida, según los resultados, que los humanos pueden ser disminuidos y vueltos a ampliar sin peligro, se hará el experimento, no lo dude…

—Oh, no —suspiró Zekk—. No lo dudo.

* * *

Esa noche tuvo pesadillas.

Zekk, el detective del Tiempo, soñó con monstruos que se reducían y aumentaban su tamaño, rodeándole con expresiones feroces. Entre todos ellos, Aloya se perdía, flotando entre humaredas oscuras, mientras sonaba la risa de Sarko.

Cuando corría tras ellos, intentando alcanzarles, una enorme computadora se cruzaba en su camino, parpadeando en rojo su mensaje cibernético:

«Zekk, no estás programado para alcanzar a Aloya y a Sarko.»

Despertó bañado en sudor. Se incorporó en el cómodo lecho de su alcoba en la Base Zoom. Alrededor, todo era oscuridad y silencio, calma y sosiego. Todo había sido una simple pesadilla sin importancia. Y al despertar, todo ello quedó atrás.

Pero el sueño había huido de sus ojos y de su mente. Se puso en pie. Paseó, encendió un cigarrillo. Se sentía virtualmente un hombre del siglo XX. La vecindad de fechas le hacía sentirse más inmediato a su real naturaleza. Pero todavía estaba en el pasado…

Salió al exterior. Caminó por el corredor blanco, aséptico, luminoso. Su tarjeta de identificación, adherida a su pijama liviano, era una nota positiva para los ojos electrónicos de la Base. Podía circular por donde gustara.

De súbito, se paró en seco. Contempló al hombre que salía de una puerta metálica deslizante, situada frente a él.

—Buenas noches, señor Zekk —saludó el otro, perplejo—. ¿Qué hace por aquí a estas horas?

—Paseo y fumo —rió Zekk—. El insomnio no perdona ni a los

agentes de Washington.

Ambos rieron de buen grado. Farley Kane se acercó a él. Parecía cansado. Bostezaba, desperezándose levemente.

—He terminado —dijo—. Soy libre.

—¿Libre?

—Por un mes. Teóricamente, claro —volvió a reír—. Me caso mañana. ¿Eso es ser libre?

—Es lo que dicen —rió a su vez Zekk—. Yo también me caso... pronto.

—Bueno, eso está bien. Somos más a perder la poca libertad que nos deja el trabajo —divertido, Farley palmeó la espalda de Zekk—. Espero que a mi regreso todo esté aclarado.

—¿Se refiere a los crímenes? —Zekk hizo un gesto ambiguo—. Nunca se sabe, aunque espero que sea así... Por cierto, ¿quién se ocupará ahora de Super-Alfa?

—El profesor Daves. Es un gran técnico en Cibernética.

—Ya. ¿Y su prometida?

—¿Constance? Habrá alguien que la supla. De todos modos, piensa cambiarse. Esa sección no parece gozar de buena suerte. Muere todo el mundo allí, últimamente —Farley consultó su reloj—. Faltan cinco minutos para que Constance termine también su trabajo. Nos iremos juntos. Voy a recogerla. Le deseo suerte, señor Zekk.

—Y yo deseo que ustedes dos...

¡MUERTE!

Zekk se interrumpió. Enarcó las cejas. Trató de escuchar, de percibir algo. ¿Era cierto que había oído o creído oír la palabra «muerte», pronunciada en alguna parte?

—¿Decía, señor Zekk...?

—Que les deseo suerte, felicidad y...

¡Y MUERTE!

—¿Qué? —jadeó Zekk, palideciendo, fija su mirada en Farley.

—Perdone. No le entendí bien... —se sorprendió Farley Kane,

perplejo.

¡MUERTE! ¡MUERTE… PARA CONSTANCE!

—¡Constance! —aulló Zekk de súbito, lívida su faz. Aferró con energía a Farley. Gritó impulsivo—: ¡Pronto, corra! ¡Su prometida! ¡Corre peligro! ¡Alguien va a matarla…!

—Pero…, pero ¿qué está diciendo? —se horrorizó Farley, incrédulo.

—¡Vamos, vaya de prisa! ¡Su novia está en peligro de muerte!

—¿Por qué dice eso, señor Zekk? ¿Por qué? —dudó aún Farley, desorientado.

MUERTE… MUERTE… MUERTE PARA CONSTANCE EMERY…

La idea, la onda parecía rebotar con rara fuerza en la mente de Zekk, una y otra vez. Dudó, sin saber si seguir a Farley, que corría ya hacia los laboratorios, o buscar en alguna parte a Sarko, origen indudable de aquella orden espantosa.

Su mirada vagó por el corredor luminoso, resbaló sobre la puerta donde se leía «Super-Alfa. Prohibido el paso», y siguió por el corredor nuevamente, distinguiendo la figura de Farley Kane, perdiéndose en la distancia…

De repente, creyó entender.

De una vez. Súbitamente…

—¡Sarko! —rugió.

Y corrió decididamente hacia un lugar. Hacia donde sabía que, con toda seguridad, en su evolución de mutante lleno de astucia, crueldad y demencia criminal, tenía que hallarse Sarko.

Donde sería más fuerte, más poderoso, más demoledor…

—¡Sarko, sé *dónde* estás…, sé *quién* eres…! —aulló Zekk, lanzado a la carrera—. ¡O, mejor aún, sé QUE eres…!

Y su carrera, arma en mano ahora, le lanzó al interior del recinto cilíndrico de Farley Kane. Al corazón electrónico de la Base Zoom.

A donde no había nadie. Absolutamente nadie…, salvo Super-Alfa, la gran computadora.

Zekk, apenas entró en la cámara, disparó su arma.

Un rayo centelleante, estremecedor, de sibilante zumbido, se estrelló, destructivo, contra la obra maestra de los hombres del siglo XX.

Super-Alfa fue destruido en ese mismo instante.

Pero cuando Zekk lo hizo..., sabía que Super-Alfa no era una computadora.

Era Sarko, el criminal evadido en el Tiempo.

CAPITULO III

—¿Por qué? ¿Por qué hizo eso?

—Lo siento, coronel. Tenía que hacerlo. Ahora, en alguna parte, tendré que rendir cuenta de mis actos. No pude rescatar con vida a un asesino. Tuve que matarlo.

—¿Matarlo? Evidentemente, señor Zekk, usted está loco..., o es un espía enemigo infiltrado en la Base —rechazó el coronel Kingsby—. No mató a nadie. Sólo destruyó una computadora. La mejor del mundo.

—Destruí a un hombre. El peor del mundo, coronel. El era la computadora.

—¿De modo que usted afirma que un hombre...? —Kingsby le miró, con mezcla de recelo y sorpresa—. O es muy astuto, o es un perfecto agente extranjero. Washington ya ha confirmado que no hay ningún señor Zekk en misión especial. ¿Va a confesar la verdad?

—Coronel, lo cierto es que yo hubiera muerto... —susurró Constance Emery, interviniendo, aún en brazos del silencioso Farley Kane—. Un mecanismo del reductor molecular estaba averiado. Iba a reducirme hasta la nada. Desaparecería en un microcosmos de donde jamás sería recuperada... Farley llegó a tiempo de salvarme, gracias al señor Zekk...

—Es lo cierto, coronel —corroboró Farley roncamente—. ¿Por qué no confiar en ese hombre, que ha evitado una tercera muerte, sea crimen o no? De no mediar su aviso, Constance estaría ya muerta...

—Basta. Eso no importa —atajó el militar—. Tenemos a un personaje sin identificar, entre nosotros. Tiene que ser desenmascarado. Recuerden que destruyó a Super-Alfa...

—Eso es cierto, señor Zekk —Farley se encaró a él—. ¿Por qué lo hizo?

—Usted no lo entendería —dijo llanamente Zekk—. No era una computadora. Lo fue, quizá. Alguien, capaz de hacerse mutante, se convirtió en..., en una máquina. Super-Alfa era un supercriminal. Hubiera acabado sistemáticamente con todos ustedes. Un criminal perfecto. ¿Quién acusaría jamás a una computadora? Pero sus ondas

electromagnéticas fueron captadas por mi mente, más sensible que la suya a esas radiaciones.

—¿Por qué más sensible? —quiso saber Constance, aproximándose más aún a él—. ¿Quién es usted, en realidad?

—No me creería si se lo digo —sonrió Zekk—. Cuando no esté aquí, piense lo que guste.

—Se puede creer todo aquello que tenga sentido. Usted «mató» a una máquina. Usted intuyó una tercera muerte y la evitó... Usted habló de..., de seres humanos reducidos y...

—¿Y qué, señorita Emery? —preguntó bruscamente Zekk, dilatando sus ojos.

—Es horrible, pero... mire esto —dijo dramáticamente Constance.

Y de entre sus ropas, extrajo un frasco rotulado, uno más de su laboratorio. Dentro de él no se hallaba un cobaya, ni un insecto o un animal de experimentación.

Dentro había, diminuto, pero visible... ¡un cuerpo de mujer!

Una diminuta mujer rubia, delicada, esbelta... Inmóvil, como sometida a un trance hipnótico o a una parálisis total...

—¡Aloya! —rugió Zekk, al verla.

Aferró el frasco. Lo alzó en vilo, lívido. Constance, ante el estupor general, habló:

—Ese frasco no tenía por qué estar en el laboratorio. Acababa de hallarlo cuando..., cuando Farley vino presuroso, salvándome la vida...

—Aloya... —jadeó Zekk, acariciando el frasco, fija su mirada en la figurilla—. Aloya, mi vida... Debes volver a tu tamaño normal... Estás libre. Ya no existe Sarko...

—Ya basta —cortó el coronel, irritado—. Este es un interrogatorio y...

—¡Coronel! —cortó Farley, rotundo—. Estos hechos sobrepasan todo lo que conocemos y entendemos. No sé quién es Zekk, pero sospecho que no hay en esto nada de tipo político o militar, sino algo mucho más profundo e inconcreto... Coronel, sólo pido unos minutos de pausa.

—Pausa... ¿Pausa para qué?

—Para devolver a esa criatura su original tamaño, sea quien sea —habló Farley, señalando el frasco—. Tenga en cuenta que, en cualquier caso…, es un ser humano.

—Está bien —concedió el coronel Clark Kingsby—. Sólo eso… y seguiremos el interrogatorio con todo rigor, señor Zekk.

La mirada de Zekk se cruzó fugaz con la de Farley Kane. El joven cibernético tuvo un gesto elocuente. Al pasar junto a Zekk, musitó:

—Estoy seguro de que, cuando eso termine… usted no estará ya entre nosotros, amigo…

Zekk no dijo nada. Pero sonrió. Y asintió débilmente con la cabeza…

* * *

Aloya y Zekk se abrazaron en silencio. Aún zumbaban en el laboratorio las ondas eléctricas del macro-transformador. Ella volvía a ser como siempre fue. Sus palabras entrecortadas no eran muy inteligibles, pero Farley creyó entender algo en ellas:

—Sarko… Sarko me redujo… Luego se convirtió en una máquina electrónica… Así esperaba pasar desapercibido incluso para ti… ¿Qué ha sido de él…?

—Muerto. Aniquilado con la máquina. Esta vez no le di opción. No sólo destruí la máquina, sino al mutante. Con mis propias armas…

—Zekk, eso significará un proceso por homicidio.

—No me importa. Sarko pretendía terminar con el mundo, aun antes de llegar a nuestra época: guerras, conflictos, asesinatos… Era un demente asesino. Hubiera sido capaz de todo. Ahora, está muerto. Eso acaba la historia. El mundo no alterará ya su marcha. Todo será como ha sido. Responderé de lo que sea. La ley entenderá. Tendrá que entender…

—Sí, Zekk… Estoy segura. Eres un hombre que lucha en lugares diferentes a todo el mundo. Es justo que te den un margen diferente a los demás… o no serían humanos contigo.

—Ya basta, Aloya. Volvamos a casa. Esto terminó.

—¿Volver? ¿Adonde? —el coronel se irguió, solemne—. No se hagan ilusiones. Venga de donde venga, señor Zekk, no volverán allá sin mi permiso… Recuerde la pesquisa, el interrogatorio…

—Lo siento, coronel —suspiró Zekk—. No quiero burlarle, pero... ya nadie puede evitar lo inevitable. Adiós a todos. Y usted, Farley Kane..., sea feliz con Constance. Creo que ha entendido mejor que el coronel. Otros lo entendieron antes... El hombre siempre ha sido más inteligente de lo que muchos creen..., incluso en las épocas más oscuras. Adiós, amigos... Y sean felices. Donde quiera que estemos en breve... pensaremos en ustedes.

Hubo un temblor súbito de las moléculas. Tembló el aire, se agitaron los cuerpos...

Zekk y Aloya, abrazados fuertemente, habían desaparecido.

El Tiempo los engulló.

El coronel aulló, precipitándose fuera de la estancia, a dar la voz de alarma. Sólo Farley y Constance permanecieron abrazados, quietos, sobrecogidos, en la cámara luminosa de los laboratorios.

—Farley, no entiendo —musitó ella—. ¿Qué..., qué significa esto...?

—Constance, no lo sé... Mi mente no alcanza a ello, pero..., pero creo que ellos se fueron a su verdadero mundo, que quizá sea éste mismo... dentro de años, de siglos, acaso de milenios...

—¿Quieres decir que ellos... no eran de nuestra época? —se asombró Constance.

—Quizá no lo eran. No podría decírtelo, pero... ahora, estén donde estén, hemos de pensar en ellos. Agradecerles lo que hicieron. Sin Zekk, sin esa mujer... Aloya..., ¿qué hubiera sido de ti, de todos nosotros...? Constance, me pregunto CUANDO nacerán ellos... Me pregunto cuánto tiempo llevaremos nosotros convertidos en polvo en nuestras tumbas cuando ellos existan... Pero eso nunca cambiará mis sentimientos... —alzó los ojos al techo, buscó un cielo que allí no existía, en la fría asepsia de la Base Zoom. Y murmuró, fervoroso—: Gracias... Gracias, amigo Zekk...

E P I L O G O

«Gracias, amigo Zekk...»

Zekk miró a Aloya. Aloya le miró a él.

—¿Oíste eso? —murmuró ella.

—Lo oí —asintió Zekk—. Es una voz de siglos. Del pasado...

—Pero se escuchó, estoy segura...

—Las voces, Aloya..., a veces vienen del alma. De los sentidos. De la mente. Y todo eso, quizá, sobrevive a la vida, a la muerte, al tiempo...

—Hemos vuelto...

—Sí, hemos vuelto. Y el Director nos espera. Creo que va a ser piadoso conmigo. Sabe que no pude hacer otra cosa. Quizá él también, en cierto modo, escuche esas voces, llegando del milenario Egipto, de la Inglaterra del siglo XVIII, del siglo de la electrónica... Quizá algo de todo eso llegue hasta aquí, aunque estemos tan lejos... y un pobre detective encuentre la disculpa y la comprensión para sus actos.

—Zekk... Nunca querría volver a esas épocas horribles, al pasado lejano...

—Es como visitar mundos diferentes y lejanos. Pero es nuestro propio mundo, con idénticas miserias y grandezas que el de ahora, el que hemos visto fugazmente... Las épocas cambian, Aloya, pero nosotros... seguimos siendo hombres y mujeres. Sólo eso, Aloya mía...

—Nada menos que eso, diría yo, Zekk querido... —murmuró ella.

Y se besaron. Con un beso que había tardado siglos en llegar. Pero que, en el momento presente, de regreso a su época, terminada la misión del detective en el Tiempo, sólo se había demorado realmente unas fechas...

Unas fechas, durante las cuales habían viajado a través de la propia Eternidad.

FIN

(1) Alusión a dos obras en las que el Tiempo juega papel preponderante: *Un yanqui en la corte del rey Arturo* y *Berkeley Square*, obra teatral de Balderston, sobre una idea de Henry James, en la que el protagonista, Peter Standish, se intercambia por un antepasado suyo, yendo él al pasado y acudiendo su antecesor al presente.

(1) La moneda no apareció hasta el siglo VII antes de Cristo. Antes sólo había transacciones comerciales, a base de cambio, o por un peso determinado en oro, plata o cobre.

(1) *Highwayman*: literalmente, en inglés, "hombre del camino real". Su traducción real corresponde a "salteador de caminos" o bandolero. Dick Turpin, legendario personaje de tal condición, responde exactamente a esa definición, quizá como el más representativo y popularizado con la etiqueta romántica de "bandido generoso". *(N. del A.)*

(1) Todos los personajes citados aquí son reales, y formaban el grupo de bandoleros capitaneado por Dick Turpin, el "bandido generoso" inglés. En la obra de Harrison y en otros relatos más o menos fidedignos o literarios, se alude repetidamente a todos ellos. *(N. del A.)*

(1) Nombres de diversos policías que persiguieron a Dick Turpin; de origen corso, español y de otras nacionalidades, según sus biógrafos. *(N. del A.)*

(1) SAC: Siglas del *Strategic Air Command*, o Comando Aéreo Estratégico, organismo militar establecido en diversas bases del mundo, con motivo de la "guerra fría".